



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores *Amador de los Ríos*, Alarcon, Arce. Sra. *Avellaneda*. Sres. Asquerino, Auñon (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, *Ayala*, *Alonso (J. B.)*, Araquistain, Anchorena, *Albuera*, *Ardanaz*, *Ariza*, Antonio Guerra y Alarcon, Arrieta, Balaguer, *Barait*, Barzanallana (Marqués de) Bacarra, Benavides, Bona, *Borao*, Borrego, Bueno, Bremon, *Breton de los Herreros (Manuel)*, Blasco, Burrell, Buitrago, *Calvo Asensio (D. Pedro)*, Campomator, Camús, *Canalejas*, Cañete, Carido, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martin, Cazorro, Ceraino, Chese (conde de), Collado, *Cortina*, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. *Calvo Asensio (D. Gonzalo)*, Comenge, Cañamaque, Calcaño, Dacarrete, Diaz (José María) Diaz Perez, *Durán*, *Duque de Riva-Echevarria*, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, *Eguilaz*, *Escosura*, Estrella, Eulata, Fabié, *Ferrer del Rio*, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, *Fernandez de los Ríos*, Fermin Toro Flores, Figuerola, Figuerola (Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, *Galvete de Molina (D. Javier)*, Graells, *Jimenez Serrano*, Giron, Gomez Marin, Güel y Rente, Guellbenzu, Guerrer, Incenga, *Haritzendusch*, Iriarte, *Janer*, Jaumeandreu, Labra, Larra, *Larrañaga*, *Lasala*, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, *Lafuente*, Macanaz, Machado y Alvarez, Mártos, Mata 'D. Guillermo', *Mata (D. Pedro)*, Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), *Muñoz del Monte*, Malagarriga, *Ochoa*, *Olaverria*, *Olaverria* y Huarte, *Orgáz*, Ortiz de Pinedo, *Olózaga*, Pompilio Gener, Palacio, *Pascón y Lastra*, Pascual (D. Agustín) Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poye, Reinoso, Retes, *Revilla*, *Ríos Rosas*, *Rivera*, *Rivero*, *Romero Ortiz*, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, *Rossell*, Ruiz Aguilera, Sagarmínaga, *Sanz Perez*, *Sanz*, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, *Seigas*, *Sejovia Serrano* Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Talero, *Ulloa*, Valera, *Velas de Medrano Vega (Ventura de la)*, Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de), Comborain y España (D. Eugenio), Acosta (D. Juan), *Ribot y Fontseré*, R. Ortiz y Beneyto.

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—
Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs.
Sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 13 de Noviembre de 1885

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administracion y redaccion, Salesas, 2, duplicado.

SUMARIO

Revista política, por Raguer.—*Pérfles artísticos*, por Antonio Guerra y Alarcón.—*El poder temporal de los Papas en el siglo XIX*, por Nicolás Díaz y Pérez.—*La muestra del zapatero*, por Manuel Cubas.—*Historia antigua*, por Rafael Comenge.—*Lavra* (continuación), por Miguel Martínez Franco.—*Rosario*, por Eusebio Blasco.—*Maese Lobo*, por José Zahonero.—*La pintura contemporánea*, por José Casado Alisal.—*Sigamos defendiéndonos*, por Miguel M. Franco.—*Organización defensiva de las fronteras*, por Juan A. Izquierdo.—*Escuelas de economía doméstica*, por el Dr. R. Torre Campos.—*Revista de Madrid*, por Antonio Guerra y Alarcón.—*Anuncios*.

REVISTA POLÍTICA

Muerte de Topete.—La revolución de Setiembre.—Un documento histórico.—El enojo de Berlín.—La última enciclica.

Aquel ilustre marino que el 18 de Setiembre de 1868 hizo saludar la *soberanía nacional* por la dotación de la *Zaragoza*, ha muerto: de su vida, como hombre público, quedará siempre á los españoles vivo el recuerdo de sus virtudes, y de la parte que tuvo en un hecho plenamente sancionado por el asentimiento general que la nación le ha prestado, al cual debe la política española los derroteros de progreso porque camina desde aquella gloriosa época.

Hablar de Topete, es hablar de la Revolución de Setiembre. Nuestro pueblo, que apenas sabía que en estos últimos años había ocupado altos puestos dentro de su carrera, no ha olvidado al arrojado marino que en la bahía de Cádiz dió el poderoso apoyo de la escuadra al renacimiento de la España con honra.

La marina, que no se había sublevado nunca, quiso ser la primera en aquel movimiento, y allí donde todos son pundonorosos y bravos, uno de ellos, que había probado su bravura y su pundonor en el Callao hubo de ser quien lo iniciara.

Nada ganó con aquel acto fuera de la satisfacción de su propia conciencia y de la estima de sus conciudadanos: ocupó el ministerio de Marina para servir desde él á la patria y á la Revolución triunfante; salió de él sin ninguno de los provechos personales que suelen ser la recompensa de los que, empresas como la por él realizada, acometen.

Sus amistades le llevaban á preferir por rey de España al duque de Montpensier; su lealtad le hizo servir á D. Amadeo; la sinceridad de sus compromisos políticos le condujeron un día á una celda de las prisiones militares de San Francisco el Grande; cansancio del espíritu y decaimientos de la voluntad le hicieron aparecer últimamente subordinado al Sr. Cánovas.

Pero, ¡con qué fé y entusiasmo despertó cuando en los primeros días del último Setiembre vió negada ó puesta en peligro la honra de la Marina! ¡Qué acentos de varonil entereza supo hallar para hacer frente á las insidias de los que intentaban cubrir ajenas responsabilidades con girones de la honra de dos oficiales!

Fué aquel el último resplandor de su espíritu. Agobiado más que por los años—nació en 1820—y por las dolencias, por los pesares que la marcha de los sucesos de las Carolinas le producía, cayó enfermo hace quince días para no levantarse mas.

LA AMÉRICA siente la muerte del ilustre marino; que mostró en 1868 por qué caminos recuperan las naciones su honra perdida.

La revolución de Setiembre, niéguese ó no sus resultados positivos para la vida nacional, ha tenido que ser reconocida necesariamente como el complemento de la obra iniciada en 1812 y como la época, á partir de la cual y después de los sacudimientos y oscilaciones

propios de un período de formación, España tiende más resueltamente al nivel de la cultura europea; no pueden considerarse políticos á la moderna, aquellos que dejan de conceptuarse sus continuadores. Todo político que se precie de liberal, si quiere inspirarse al gobernar en los sentimientos de la nación, debe ajustar su criterio á las bases, á los principios esencialmente democráticos entonces asentados; cualquiera desviación de este espíritu; merecerá el calificado de retrógrada: la libertad de la conciencia, de la prensa y de la cátedra; el derecho de reunión y manifestación, la fianza prestada por la nación al Estado de las personas, por medio del registro civil; los derechos individuales, principios son en que debe inspirarse todo partido que pretenda regenerar el estado político y social de nuestra patria.

Cuando acaba de abrirse la tumba para uno de los héroes de aquella gloriosísima revolución, vuélvese la atención pública hacia otro, el que fné el primero de todos: el ilustre general, que si en Africa probó su bravura, en Méjico reveló por vez primera las asombrosas dotes de hombre de Estado, inutilizadas para la patria por cobarde trabuco.

Referente á aquella expedición, es la siguiente carta que á *El Imparcial* ha facilitado el hijo de D. Juan Prim; la carta lleva la fecha de 6 de Abril; tres días después, empezaban las conferencias de Orizaba, que dieron por resultado el embarque de nuestras tropas, que estaba ya resuelto por el general Prim, como van á ver nuestros lectores:

«EXCMO. SR. D. JOSÉ DE SALAMANCA.

Orizaba 6 de Abril de 1862.

Mi siempre querido D. Pepe: Recibo la de

usted de Marzo, y me apresuro á contestarla, no con la esperanza de que por medio de sus buenas relaciones en París pueda V. contribuir á evitar el cataclismo que nos amenaza, pues estoy ya persuadido que es inevitable, sino para dejar sentado lo que el tiempo se encargará de probar; esto es, que los comisarios del emperador han emprendido una política que llegará á ser fatal para la Francia. Mientras el vicealmirante Lagraviere ha creído ser intérprete fiel de la política del emperador, hemos estado en todo acordes y todo ha ido bien; pero desde el momento en que llegó Almonte, y con él nuevas instrucciones, más en armonía con las opiniones de Mr. de Saligny que con las del almirante, éste se desanimó, se entregó, se dejó ir hacia la política de su colega, y desde entonces, que estamos mal y que vamos empeorando por instantes, tanto, que, dentro de tres días, el 9, debemos tener una conferencia, la cual dará por resultado la ruptura entre los aliados; no me cabe la menor duda.

¡Qué fatalidad! ¿Y por qué esa ruptura? Por que los comisarios franceses se han empeñado en destruir el gobierno de Juárez, que es el gobierno constituido de hecho y de derecho, y que tiene autoridad y fuerza. para poner en su lugar el gobierno reaccionario del señor general Almonte, que ni tiene prestigio, ni fuerza, ni autoridad, ni representa más que unos centenares de miles de reaccionarios, insignificante minoría en la escala de uno contra nueve; pero en cambio el Sr. Almonte ofrece proclamar en su día al archiduque Maximiliano de Austria como rey de Méjico. Así me lo declaró á mí mismo el día que tuvo la bondad de ir á verme, recién llegado á Veracruz.

Ahí tiene V. las verdaderas causas de la disidencia, la que, repito, será fatal para los franceses, pues yo estoy resuelto á reembarcarme con mis tropas, dejando á mis colegas de Francia únicos responsables de sus actos... y le aseguro á V. por mi vida y por mi honor y por lo más sagrado que puedo invocar, que al obrar así estoy poseído de la más amarga pena por tener que separarme de mis bravos franceses, á quienes tanto quiero, y por los males sin cuento que van á experimentar en la lucha injusta y desigual que van á emprender.

Que el gobierno del emperador no conozca la verdadera situación de este país, no es del todo extraño, máxime cuando forma su juicio por las apreciaciones de Mr. de Saligny pero que éste, que está sobre el terreno, que ha vivido largo tiempo en Méjico y que no es nada tonto, comprometa, como lo hace, el decoro, la dignidad, y hasta el honor de las armas francesas, no lo comprendo, no lo puedo comprender, porque las fuerzas que están aquí á las órdenes del general Lorencez no bastaban para tomar siquiera á Puebla; no, no, no. Los soldados franceses son extraordinariamente bravos, nadie lo reconoce y admira mejor que yo, y me precio de ser voto en la materia, pero el valor hombre, como todo lo que hay en la humanidad, tiene sus límites, y le repito á V. que los soldados franceses no podrán vencer el cúmulo de dificultades que se les opondrán en su marcha, y cuando llegue el momento del combate serán pocos, carecerán de transportes, de víveres tal vez, y los vencedores en cien batallas serán vencidos ó no podrán conservar las ocasiones que conquisten, por no poder guardar las comunicaciones con Veracruz.

Los emigrados y vencidos reaccionarios ofrecen mucho y darán poco ó nada, y por fin el emperador tendrá que hacer grandes sacrificios en hombres y dinero, no digo para consolidar el trono en que se sienta al archiduque de Austria, porque esto no lo podrá realizar por no haber hombres monárquicos en Méjico, los sacrificios tendrán que hacerlos para que sus águilas lleguen siquiera á Méjico. Las simpatías que V. tiene por todo lo que es francés hace que V. no de crédito á mis pronósticos. Le estoy á V. viendo sonreírse incrédulo y diciendo, «mi amigo D. Juan exajera, voy á guardar esta carta para probarle en su día que se equivocó, que no vio claro y que mejor hubiera hecho en marchar adelante contra los

franceses.» Bueno, acepto, guarde usted esta carta y en su día hablaremos. Cuidado que yo no niego que las tropas francesas lleguen á apoderarse de Puebla y también de Méjico, lo que sí niego resueltamente es que basten los batallones que hoy tiene el conde de Lorencez. Las águilas imperiales se plantarán en la antigua ciudad de Moctezuma cuando vengau á sostenerlas veinte mil hombres más, ¿lo oye usted bien? Veinte mil hombres más con el inmenso material que tan numeroso ejército necesitará para marchar por este desolado país, porque Méjico es de los países que, según decía Napoleón I, aunque su frase no la dirigiera entonces á Méjico: «Si el ejército es de mucha gente, se muere de hambre, y si es de poca, se lo come la tierra.»

Admitamos que á fuerza de tiempo, á fuerza de hombres y millones lleguen los franceses á Méjico, repito, que no lo dudo, pero ¿qué habrán conseguido con eso? ¿Cree usted que crearán la monarquía con visos de estabilidad? Imposible, tres y diez y cien veces imposible. ¿Podrán al menos crear un gobierno estable, bajo la presidencia de Almonte? Tampoco, porque la gran mayoría del país, de la gente de los pueblos se entiende, pues los millones de indios no se cuentan; la inmensa mayoría, digo, es liberal, y todo lo que sea querer fundar un gobierno contra el sentimiento público, es un sueño, es una quimera. ¿Sabe V. lo que yo pienso, mi buen amigo? Pienso que el emperador de los franceses está muy lejos de querer lo que sus comisarios están haciendo... estos señores le están comprometiendo y comprometerá más y más, hasta un punto que, cuando quiera retirarse de la descabellada empresa, no podrá, porque estará empeñado el lustre de las águilas, y hasta el prestigio y honor del imperio; y cuidado que, más de una vez, se lo he dicho al almirante, «vous ne le comprenez pas, et vous aller l'engager dans une aventure indigne de lui.» Y luego me preguntó: ¿qué interés puede tener ni el emperador ni la Francia en que el archiduque de Austria reine en Méjico? Ninguno. ¿Lo tiene acaso en que el gobierno de la República se llame de Juárez ó Almonte? No, porque rojos y blancos han dejado de pagar las convenciones, no por su voluntad, sino por falta de recursos. Pues entonces, ¿por qué empeñarse en querer derribar un gobierno en provecho de otro, cuando ello ha de costar la vida á muchos miles de bravos franceses? No lo comprendo, y la frialdad del lenguaje de Saligny me desespera: ¿qué fatal va á ser ese hombre para el emperador y para la Francia!

Yo no soy francés, y sin embargo no perdonaré jamás á ese hombre los males que va á causar á mis bravos camaradas. Con la suave y buena política que inauguramos juntos al llegar á Veracruz, hubiéramos llegado á todas partes y lo hubiéramos alcanzado todo; la amnistía, las elecciones generales, buenos tratados, buenas garantías de pago y seguridad para el porvenir; pero por malas no alcanzarán los franceses nada, yo se lo digo á V. y téngalo V. por seguro.

Hace unos días tuve el honor de escribir una razonada carta al emperador contestando á la que me hizo la honra de dirigirme. Le hablo con el profundo respeto que le profeso, pero con noble verdad. Mi carta llegará tarde, pues sus comisarios tienen prisa de romper el fuego. El 9 tendremos la conferencia, ¡será por desgracia la última! y lo más tarde quince después, los franceses atacarán el Chiquibuite. Lo que después sucederá sólo Dios lo sabe, pero de seguro que no será nada bueno, y si mucho malo, para la Francia.

Si V. quiere pasar por profeta, anuncie usted al conde Morny, nuestro amigo, que las fuerzas que actualmente están aquí no bastan y que se preparen otros 20.000 hombres, con los que podrá el general Lorencez llegar á Méjico, si con los batallones vienen carros y mudas bastantes, pues sin ese elemento indispensable tampoco podrán llegar.

Le dejo á V., ya es hora, pues tengo todavía que escribir á mis jefes el duque y don Vurnino. La condesa y el chiquito siguen

bien y con muchos deseos de ir á Méjico y ya no es posible.

Según mis cálculos, á mediados de Mayo habré embarcado mis tropas, material y ganado y entonces saldré yo para la Habana. Podré salir de allí en Junio y llegar á España en Julio ó Agosto. Probablemente iré á desembarcar á Inglaterra, V. estará probablemente en París.

¿Qué dirá la reina y el gobierno y España, cuando sepan el embarque de las tropas? El primer momento será de sorpresa, luego los amigos míos y los imparciales aprobarán mi resolución, mis enemigos y adversarios pondrán el grito en el cielo creyendo llegado el momento de hundirme, pero unos y otros no tardarán en reconocer que obré con prudencia con abnegación, impulsado por el más acendrado patriotismo. Además, en mi calidad de senador podré defenderme de los cargos que se me dirijan, y, por último, el tiempo se encargará de probar que obré como bueno.

El emperador quedará disgustado de mí, pero en su fuero interno y en su alta justificación, no podrá menos de reconocer que obré como cumplía á un general español que, obedeciendo las instrucciones de su gobierno, no podía ni debía hacer otra política que la que su gobierno le dictara.

Los franceses partidarios de la torcida política por Mr. Saligny, se desatarán contra mí, pero la Francia, la noble y generosa Francia, cuando conozca la verdad de los hechos, deplorará lo sucedido como lo deploré yo, pero no me culpará. ¿Y V. qué dirá? Conociendo el *attachement* que tiene V. por el emperador y su buena amistad por la Francia y los franceses, al leer esta carta, la estrujará V. con desenfado y estará Vd. de mal humor, mientras esté V. en París; pero luego nos veremos en Madrid, me oirá V. y como después de todo es V. buen español, con vendrá V. en que hice bien en volverme á España con mis soldados y que al punto á que hemos llegado no puede hacerse otra cosa, so pena de faltar á mis deberes como funcionario, como español y como hombre leal.

Le quiere á Vd. mucho y bien su amigo.

PRIM

The Daily News ha recibido de su corresponsal de Berlín un telegrama sobre la cuestión de las Carolinas.

En él se dice, con referencia á noticias de Roma, que el Papa había ya tomado decisión sobre el particular. Háblase también de la gran irritación que existe en la Cancillería alemana contra el gobierno español «por la descortesía y aún rudeza que emplea en su última nota,» y que no corresponden al tono conciliador, aunque firme, de las comunicaciones del gobierno alemán.

El corresponsal de *The Daily News* no cree, sin embargo, que «el cargo mayor y más serio» que se hace á España reza sobre una cuestión de forma, sino sobre este otro extremo: en la nota del 10 de Setiembre, alega el Gabinete español que la expedición para Yap salió de Manila el 10 de Agosto, es decir, un día antes de que tuviera noticia del pensamiento del gobierno alemán de tomar posesión de las Carolinas. Ahora bien; Alemania firma que el día 6 de Agosto el conde de Solms notificó este hecho oficialmente á nuestro ministro de Estado. A juicio de los alemanes, hubo, por consiguiente, tiempo sobrado para dar por el cable instrucciones terminantes á Manila.

Hemos extractado el telegrama del importante diario londonense, porque en realidad tiene una importancia mayor de la que daban anoche algunos colegas.

No se trata de saber si la irritación de Bismarck es más ó menos justificada. Lo que importa es saber que esa irritación existe. Y mientras menos fundada sea, más gravedad le atribuimos, porque es sabido, que á todas las peleas que carecen de base, llaman nuestros vecinos transpirenáticos *querelles d'aleman*.

Y nosotros siempre hemos tenido que cuando el Gabinete español se creyese más seguro de salir airoso de la contienda, el can-

ller de hierro diera todo debate por terminado y rienda suelta á su codicia aprovechando, para librarse de compromisos, el más sutil pretexto.

Así considerado el asunto, tiene gravedad lo que dicen de Berlin á *The Daily News*, Bismarck es capaz de agarrarse á un clavo ardiendo, con tal de quedarse con las Carolinas. Y, para desgracia nuestra, sus gobernantes carecen de entereza para resistir y de la necesaria previsión para colocar el país en actitud de hacer frente á las eventualidades del porvenir.

El conflicto no está terminado, digan lo que quieran los ministeriales. Y mientras nuestro adversario discute con la diestra sobre el puño de la espada, nosotros hasta de espada carecemos, y no hacemos nada para obtenerla. Nuestra situación no puede ser más desventajosa, ni nuestra suerte más negra. ¡Quiera Dios que nos equivoquemos; pero recelamos que aún dará juego la cuestión de las Carolinas.

Los periódicos extranjeros han publicado la Encíclica que León XII acaba de dirigir al mundo católico, y que tiene por objeto la exposición del sistema de gobierno que se deduce de las doctrinas católicas, á la vez que hace la crítica del sistema democrático.

El documento, escrito con elevación, es una prueba más del espíritu eléptico que inspira todos los actos y todas las palabras del sucesor de Pío IX. Hay una lucha constante entre el propósito de no romper con las constantes tradiciones del Papado y el deseo de transigir con los principios, que así en la esfera de la ciencia como de la política, dan vida y aliento á la sociedad contemporánea.

Si se tiene en cuenta que León XIII ocupa el solio pontificio después de un Papa batallador, intransigente y enemigo resuelto de las doctrinas liberales, como lo era el proclamador del dogma de la infalibilidad, será preciso reconocer que los esfuerzos que realiza para atenuar, sin desautorizarlos, los terribles anatemas del *Syllabus*, son dignos de loa, por más que no obtenga, en semejante empeño, un resultado bien apreciable.

Esto último no causará gran extrañeza á los que se han nutrido con la savia de nuestros tiempos. Es difícil admitir todas las consecuencias que el Pontífice romano deduce de premisas que da como probadas, á pesar de que se encuentran terminantemente rechazadas por unos, controvertidas por otros, y puestas en duda, cuando menos, por la mayoría de los pensadores modernos. Y que no debe ser cosa fácil demostrar la verdad de las hipótesis que dan base á casi todas las deducciones pontificias, se ve claro en el hecho de que el Papa, que sabe razonar, discutir de buena fe los hechos y combatir con lealtad las doctrinas que condena, y muchas de las cuales expone con su perfecto sentido y recta significación, tan pronto como llega á exponer las doctrinas católicas, abandona el terreno del razonamiento para proceder por escuetas afirmaciones.

En este extremo el venerable redactor de la encíclica, se limita á formular sentencias por el estilo: «El derecho de autoridad no está ligado á ninguna forma política. Pero toda autoridad viene de Dios, y por eso los gobiernos tienen que rendirle pleito homenaje, ensalzando á la religión. No hay más que una religión verdadera: la católica. El Estado, por consiguiente, tiene que ser católico ó anárquico.» Tales afirmaciones, lo repetimos, no llevan al ánimo ilustrado de los hombres de nuestros días un convencimiento muy absoluto.

RAGUER.

PERFILES ARTÍSTICOS

Casado

Viva y palpitante se encuentra aun y lo estará por mucho tiempo todavía, la emoción que produjo la última producción de la hermosa y delicada paleta de este inspirado pintor, desde el punto y hora en que desdobló su lienzo *La campana de Huesca*.

El éxito de este magnífico cuadro fué extraordinario, remuneró espléndidamente el impropio trabajo de su hechura y ciño á las sienes de Casado la más inolvidable de las coronas.

Es verdad que el asunto encierra uno de los episodios más dramático, ó si se quiere trágico, de nuestras tradiciones.

El cuadro de Casado está inspirado en la novela del Sr. Cánovas del Castillo, *La campana de Huesca*; pero es menester tener en cuenta que el asunto de la novela no fué invención del Sr. Cánovas sino que lo basó á su arbitrio sobre una tradición aragonesa del siglo XII y le buscó motivos, trama y personajes en su fantasía, revistiendo con caracteres de verosimilitud aquella vaguedad con que, fuera de la historia, ha venido transmitiéndose durante siete siglos, la leyenda del Rey Monje.

El cuadro de Casado, no es por lo tanto un cuadro histórico, pero no por eso ha perdido nada á los ojos de los inteligentes; que las tradiciones bellamente interpretadas en el lienzo son capaces de conmover y de atraer tanto como la realidad histórica. Sin embargo, en nuestra opinión, estas tradiciones tienen también su realidad, si no en el hecho en la concepción. El pintor se convierte á su vez en novelista, cuando se sale fuera de esa verdad subjetiva modificando, ampliando ó restringiendo la leyenda.

La composición del cuadro es magistral.

A un lado del cuadro todos los accidentes, al otro todo el interés.

Este último se halla en el rey, en el perro en la cabeza de Ordax enganchada en el garfio, en la matanza y en la sangre rodea al coronado monje. La muchedumbre de los nobles es la refracción negativa de la acción dramática.

El dibujo es como de Casado: irreprochable.

Su paleta es hermosa y la delicadeza del color encanta.

La delicadeza con que maneja el color, puede decirse que no tiene rival y ahí está el encanto mayor de su cuadro.

Composición, color y dibujo; tales son sus cualidades preminentes.

Entre la concepción y la ejecución de la obra artística, hay una distancia inmensa, que no todos llegan siempre á recorrer con seguridad y acierto, logrando interpretar fielmente el pensamiento que le preside y el que anima al artista, de manera que no quepa dudar de la verdad y exactitud de la expresión de éste.

Concebir y expresar, son las condiciones esenciales del artista.

Cuando se miran reunidas, la inspiración brota espontáneamente, la verdad y la belleza se unen en armónico conjunto, la naturaleza y el arte conspiran á un mismo fin, y el artista entonces, se revela en la plenitud de su genio.

Esto, que es aplicable á todas las bellas artes, la tiene más inmediata á la pintura, porque participa de la plasticidad de la escultura y de la tonalidad de la música, afecta directamente á los sentidos, y en este concepto, como copia que es de la naturaleza, la verdad real puede serle exigida, y habla á los sentimientos, á las ideas, y en este otro, como símbolo de expresión de los mismos, es necesario que exista estrecha relación entre lo que quiere representar y la manera de representarla.

En los asuntos históricos, ha de ser más completa la conformidad del arte con la verdad natural. Por eso se hace preciso que el artista no ignore las circunstancias y detalles precisos, si ha de ajustarse á la tradición que representan, á los personajes á que ha de dar vida, la distribución de las figuras, sus posiciones, sus actitudes, la expresión de los semblantes y todos los demás accesorios indispensables para dar color local, movimiento y vida al cuadro. Hé aquí lo que debe constituir el principal empeño del artista. Después la ima-

ginación, la fantasía y la inspiración, se encarga de prestar belleza y poesía á la concepción.

**

Hechas estas consideraciones, que han servido para que manifestemos el concepto que nos merece como artista el autor de *Las Cortes de Cadix*, *La Batalla de Bailén*, *Los Carvajales*, *El Juramento de D. Amadeo* y de *La Campana de Huesca*, que ayer tomó asiento en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, en cuyo solemne acto leyó un discurso en que expuso interesantísimas consideraciones acerca de la pintura española moderna, cúmpleme únicamente dejar consignados algunos de los rasgos más salientes de su fisonomía como hombre.

Contemplando á primera vista aquel rostro encerrado en una barba rubia, y aquella espaciosa frente de cuyo marco comienzan á huir los cabellos, viénesse á la memoria el tipo de uno de aquellos caballeros de la Gran Bretaña, descritos por Walter Scott. Pero luego al escuchar su voz llena, sonora y vibrante que se escapa de entre sus labios; al percibir la vivísima luz que centellea en sus pupilas, advínase que bajo aquel noble continente, palpita una naturaleza en la plenitud de la vida, y que en aquel desenvuelto cráneo bullen clara y vigorosamente las ideas.

Casado puede dar todavía muchos días de gloria al arte de la luz y del color.

Su noble y airoso continente, predispone en su favor á todo el que le trata.

Tiene mucho talento, tanta modestia como talento.

En el discurso que leyó ayer en su recepción en la Academia de Bellas Artes, se ha retratado de cuerpo entero sin él quererlo. Allí ha puesto un elogio y un cariñoso saludo á sus colegas, que han sido á la vez sus alegres compañeros de juventud, los unos, y todos, sus queridos amigos.

Nuestro sincero aplauso al que como él está llamado á dar esplendor á la pintura y á obtener consideraciones, honores y una fama universal. Al dirigirle esta nuestra modesta felicitación por los triunfos que ha obtenido hasta el presente, esperamos y deseamos que los renueve, haciéndose acreedor á la admiración de sus contemporáneos y aplauso de las generaciones venideras.

ANTONIO GURRA Y ALARCÓN.

EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIX

CAPÍTULO VIII

Consideraciones generales sobre el pasado y el presente.—Las fuerzas del papado.—Necesidad de la unidad italiana bajo los poderes civiles.—Una declaración del P. Curci.

I

Dicen los partidarios del pontificado y del poder temporal de la Iglesia, «que si ambas instituciones son tan injustas; si la primera es la tiranía para los obispos de la Iglesia universal, según Gregorio el Grande; si la segunda es invención de Satanás, al decir de Nicolás II, y es tan mala como afirma Hildebrando y Bernardo, ¿cómo es que han sido tan acadas por el mundo entero desde los tiempos del apóstol Pedro? ¿Cómo es que las han respetado todos los principales católicos y no católicos de la tierra?»

Hasta el siglo XV el papado logró imponerse sobre todos los príncipes, y así le fué fácil hacerse respetar de propios y extraños. Por otra parte, los Papas siempre han contado con la protección de las potencias más fuertes, que han sido también las más déspotas, y las que por este sólo hecho les han dispensado amistades y favores á cambio de lanzar una excomunión, ó dispensando esta ó la otra bula á favor de aquél ó del otro príncipe.

Sólo así se explica el sostenimiento hasta hoy del poder temporal, tan combatido siempre por el pueblo italiano, como anatematizado por los hombres más independientes de la misma Iglesia romana, de igual manera que anatematizaron la existencia del pontificado, que tan funestas consecuencias ha traído á la religión católica, por las iniquidades y torpezas de algunos de sus Pontífices, y por los desvaríos continuados en asuntos de fe y resoluciones dogmáticas acordados en sus concilios.

II

Y aun así, con todas estas condiciones favorables que algunos ilusos le dan al papado, cuarenta y una vez las tropas extranjeras han tenido que ocupar los Estados llamados de la Iglesia para sostener las tradiciones del pontificado; y otras tantas veces el pueblo italiano ha tenido que reconocer su impotencia para luchar por la independencia de la patria, según hemos dicho en otro libro. (1)

En 734 los franceses, guiados por Carlos Martel, vienen á Roma llamados por Gregorio III.

En 756 otra vez los franceses invaden el territorio pontificio llamados por Estéban II y mandados por Pipino.

En 776 nueva intervención francesa al mando de Carlo-Magno, llamados por Adrián.

En 779 el mismo Carlo-Magno restaura á León III.

En 872 pasa á Roma otra expedición francesa á las órdenes de Carlos el Calvo, llamada por Juan VIII.

En 877 el mismo Papa llama de nuevo á los franceses.

En 879, cuando reinaba el emperador Basilio, el mismo Papa llama á los griegos.

En 891 el emperador Arnolfo envía á los alemanes á petición del Papa Formoso.

En 894 se repite igual expedición con el mismo Papa.

En 956 Juan XII llama á los alemanes, en el reinado de Otton I.

En 964 el mismo Otton es llamado por León VIII.

En 967 es tercera vez llamado por Juan XII.

En 985 Otton III interviene á petición de Gregorio IV.

En 997 se repite la misma intervención.

En 1013 es llamado Enrique II de Alemania á petición de Benito VII.

En 1060 Nicolás II llama á los normandos.

En 1084 el normando Guichardes es llamado por Gregorio VI.

En 1130 Lotario II de Alemania es llamado por Inocencio II.

En 1137 se repite la misma expedición á Roma.

En 1150 Federico Barba-Roja es llamado por Eugenio II.

En 1261 otra intervención francesa al mando de Carlos de Anjou, á petición de Urbano II.

En 1272 Rodolfo de Alemania es llamado por Nicolás III.

En 1309 Bonifacio VIII llamó á Carlos de Valois.

En 1320 los alemanes llegan á Roma á petición de Juan XXII.

En 1351 Inocencio VI, llama á sus Estados á Carlos IV de Alemania.

En 1386 Luis de Hungría viene á Roma por mandado de Urbano VI.

En 1411 Segismundo de Alemania es llamado por Juan XXIII.

En 1479 Sixto IV llama á los turcos.

En 1487 Carlos VIII de Francia es llamado por Inocencio VIII.

En 1499 son llamadas por Alejandro VI las tropas francesas.

(1) José Mazzini, ensayo histórico sobre el movimiento político en Italia.—Madrid, 1876.

En 1500 se repite la misma expedición á Roma.

En 1508 el mismo Papa llama á sus Estados á los austriacos y franceses.

En 1511 el mismo llama á los ingleses y españoles.

En 1520 Carlos V es llamado por Leon X.

En 1521 el mismo Papa llama á los soldados ingleses, españoles y austriacos.

En 1525 otra vez es llamado Carlos V por el Papa Clemente VII.

En 1831 los franceses y austriacos son llamados por Gregorio XVI.

En 1849 Pio IX pide amparo á los franceses, austriacos y españoles.

En 1860 el mismo Papa pide auxilio á los legitimistas franceses, irlandeses y belgas.

En 1867 el mismo, llamó de nuevo á los franceses.

En resumen: para sostener hasta el siglo XIX el poder temporal y la autoridad de los Papas, ha sido preciso que las naciones extranjeras enviaran cuarenta y una intervención á Italia, clasificadas así:

Alemanas.....	14
Francesas.....	13
Españolas.....	3
Normandas.....	2
Griegas.....	1
Húngaras.....	1
Turcas.....	1
Austro-Franco.....	1
Anglo-Hispano.....	1
Hispano-Anglo-Austro.....	1
Franco-Austro.....	1
Austro-Hispano-Franco.....	1
Irlan-Belga.....	1
TOTAL.....	41

Tales son los datos desconsoladores que nos presenta la estadística con respecto á la historia del Poder temporal de los Papas. ¿Qué otro pueblo del mundo ha sufrido lo que Italia? ¿Y qué institución, qué poder cuenta con tantos disturbios? ¿Qué dinastía puede enumerar tantas guerras, tanto favor extranjero, tanto oprobio para la nacionalidad que pretende representar?

Nada más prueba lo impopular del poder de los Papas, que los datos que dejamos apuntados; pero si aun hubiera alguien que dijera lo contrario que nosotros en estas páginas, le citaremos un hecho reciente, como suceso de nuestros días, que viene hoy á justificar la impopularidad del Papa.

En 1860, cuando Italia entera se levantaba al grito de ¡abajo el Papa-rey! y ¡viva la Italia una! Pio IX el apóstata se quedó sólo, sólo con sus cardenales, y gracias á las bayonetas francesas pudo permanecer en Roma.

Pacificados más tarde los Estados de la Iglesia, Pio el apóstata formó en 1864 un cuerpo de ejército que había de operar contra cualquier enemigo que intentara alterar el orden de su poder; y para ello llamó á todos los que voluntariamente quisieran defender su causa—pagándoles, se entiende—y haciendo así un ejército que se le dió el nombre de *Zuavos Pontificios*.

La siguiente estadística, donde se clasifican á estos soldados, según su nacionalidad, nos dará á conocer los romanos ó italianos, que á excitación del pontífice y por cuanto le pagaban, corrieron á defender la causa del Papa:

Holandeses.....	1.910
Franceses.....	1.301
Belgas.....	686
ROMANOS.....	1571
Canadienses.....	153
Irlandeses.....	101
Suizos.....	90
Prusianos.....	87
Ingleses.....	50
Españoles.....	32
Alemanes.....	22
Napolitanos.....	14
Americanos.....	14
Indios.....	12
Modeneses.....	12
Escoceses.....	10
Austriacos.....	7
Portugueses.....	6
Toscanos.....	6
Malteses.....	3
Rusos.....	2
Océánicos.....	1

Africanos.....	1
Peruanos.....	1
Megicanos.....	1
Circasianos.....	1
TOTAL.....	4.593

¡Ciento cincuenta y siete romanos, por mil trescientos y un francés! ¡qué vergüenza para el papado!

III

Merecen fijar la atención sobre estas cifras dado el estado de la Francia y de los Estados Pontificios al perder el Papa el poder temporal. Aparte de que toda la Italia, esto es, la Toscana, Nápoles, Módena y Roma, sólo presentaban en junto un contingente de 186 zuavos, por 1.301 los franceses; aparte de este hecho que es elocuente, el poder de los Papas está ya tan desprestigiado que en la Italia misma, cuna del cristianismo, es donde tiene menos prosélitos.

Y esto era natural que sucediera, es más, era justo.

La Italia, cuna del Tasso, de Petrarca, del Dante y Rafael, es el país de la poesía, es el pueblo glorioso de los encantos soñados y de los recuerdos continuos de las edades pasadas y de civilizaciones anteriores. Presa esta nación de la tiranía de los Papas, que es la más negra de las tiranías, ha gemido temblorosa tras el carro de la opresión que condujeron al templo de sus victorias los príncipes malhadados de la Iglesia cristiana.

Y la de patria Mazzini, del gran hombre que amó por siempre la libertad, que suspiró largos años por la independencia de su patria, que preparó los combates de Napoles, Sicilia y Turin y alentó al general popular, al legendario moderno que supo realizar su magnífica obra, la de la unidad de la patria, aun que vencida en Aspromonte; Italia que siente ya la necesidad de la democracia, aborrece á los Papas, como Portugal odia á los Felipes, como Francia á los Orleans y como España á los Borbones; y la Italia aborrece muy justamente el poder de los Papas y su institución, porque sus derechos, sus libertades, las glorias que en otros siglos ganara aquel pueblo, todo, todo le fué robado por el poder temporal de los Pontífices; todo desapareció á la sombra del Papa, de ese que para burla y escarnio de las verdaderas doctrinas de Cristo, se llama por antonomasia el representante suyo en la tierra.

Así, pues, qué extraño es que los romanos estén cansados de sufrir el papado y se pronuncien contra quien, para sostenerse en el poder necesitaba rodearse de las bayonetas extranjeras, imponiendo así al pueblo una autoridad por todos rechazada? ¿Ni como tolerar el pueblo italiano, por más tiempo, los crímenes que diariamente se repetían por el paternal gobierno papal, que levantaba los patibulos para los más apreciables hijos del pueblo y llenaba las cárceles y los presidios con los que aspiraban generosamente á la independencia de su patria?

El poder temporal, pues, desapareció para siempre, de las manos del pontificado y aun que el jesuitismo y la reacción intenten restaurarlo, será un trabajo inútil.

IV

Ya lo saben también los mismos que sueñan con otros tiempos y una prueba de ello está dando el célebre P. Curci, separado ya de los elementos oficiales del Vaticano, por sus constantes trabajos contra el poder temporal. En la carta que este antiguo jesuita acaba de publicar se manifiesta bien claramente que el papado está en sus postrimeros días. He aquí un extracto de este documento:

«El hecho es que la Iglesia de Roma, lo mismo que la Compañía de Jesús, en cuanto forma parte de la Iglesia, puede estar y en realidad está expuesta en sus relaciones exteriores á ciertos desórdenes ineludibles, causados ya por las reformas iniciadas por los santos, ya por las

pruebas á que la someten los perversos. Tal es, á mi entender, el caso en Italia, respecto á la destrucción del poder temporal, que había llegado á ser, por culpa de los hombres, instrumento y ocasión de muchos graves desórdenes, que Dios ha corregido permitiendo que la revolución destruyese este poder.

»Una facción fanática que ha adquirido importancia y grandes *beneficios financieros*, gracias á estos desórdenes, queriendo explotar la bondad y tal vez la vanidad de Pio IX, deseaba elevar casi á la altura de un dogma la restauración del poder temporal, y empleó todos los medios para interesar al Papa en favor de su política, habiendo, al parecer, casi conseguido su objeto. Pero si Juan Mastai sentía siempre cierta debilidad por esos pretendidos derechos, Pio IX, como vicario de Cristo, se elevó siempre por encima de estas pretensiones, y la Iglesia romana quedó exenta de esa lepra del fanatismo que se había querido inocularle. Probar este hecho ha sido el objeto de mi último libro, y doy gracias á Dios por haberme juzgado digno de sufrir algo por el nombre de Jesús.

»Mientras viva Pio IX, es muy posible hacerme pasar por un rebelde contra la Iglesia, y lo consiguen la innumerable multitud de los necios...

»El sacro-colegio de cardenales, el episcopado italiano, la prelaturo, son por completo creación de Pio IX; casi todos estos hombres tienen muy mediana capacidad, y están muy aferrados á las ideas de dicho Pontífice. Con tales elementos la Iglesia, pues, quedará en este estado de disensión, con gran perjuicio, siempre creciente, de la Iglesia Romana y de la Italia, con la diferencia de que la Iglesia hallará en estas pruebas su regeneración, y el Estado sólo encontrará su ruina.

»La Italia está de tal suerte constituida, que si deja de ser católica, no puede continuar siendo cristiana, y fuera del cristianismo no veo para las naciones otra condición posible que la barbarie...»

El P. Curci ve clara la solución del pontificado, por más que se equivoque en la suerte de Italia para cuando deje de ser católica. Precisamente la obra grandiosa de Italia, como la que sigue toda Europa latina, es la de regenerarse por su descatolización y borrar de su historia los cinco últimos siglos que pesan sobre ella como un anatema de vergonzosa recordación.

Pio IX el apóstata, con sus actos de irascible tiranía, con sus propósitos de ahogar la voz de la protesta que se levantaba contra su autoridad, ha venido á autorizar la muerte del poder temporal de la Iglesia.

Después de los actos de Pio IX como rey en contra de los liberales italianos, y de la publicación de la *Enciclica Syllabus*, no es posible aceptar la política del último Papa, y por eso se desea hoy, que su muerte está muy cercana, si atendemos á su abanzada edad, que la elección recaiga en quien concilie la perturbadora tirantez entre el poder espiritual y los gobiernos de los Estados.

A Pio IX el intolerante sucederá, indudablemente, un Papa contemporizador, que sepa hermanar la libertad con la Iglesia.

Y si así no fuese, tanto peor para la Iglesia, porque vendrá la muerte del catolicismo, que quizás sucumba á manos del clericalismo intrasigente, que trabajó tiempo hace por sustituir al gobierno de los obispos el de los comités católicos.

Estos comités están constituidos por ciertos periódicos y por ciertos grupos de laicos que se forman en torno de los centros. Unense á esos comités religiosos inquietos y amigos de la intriga, eclesiásticos más ó menos respetables; pero, en general, descontentos. Todos los frutos secos, todas las enfermedades morales, son recibidas é inscritas en esos comités bulliciosos y belicosos, que prometen satisfacer todos los rencores, anu-

lar todos los contratiempos y vengar del olvido y del desdén á un reducido mundo de medianías pretenciosas.

Dichos comités imponen su dirección y sus ideas á cierto número de obispos, y en lo posible, hace tiempo que gobiernan la Iglesia de Italia, España y Francia.

Independiente del episcopado oficial, existe en Francia una especie de episcopado laico, que aterroriza á los verdaderos obispos. Este episcopado, que ante todo sirve á la religión de instrumento político, está por completo á la disposición incondicional de los carlistas en España y jesuitas en toda Europa.

En los comités católicos de Francia, pues, es donde las pasiones políticas y religiosas se llevan al extremo y de donde parte la resistencia contra la sabia política de conciliación y ellos tienen la culpa de la animosidad que las poblaciones, que tienen espíritu liberal y democrático, sienten contra la Iglesia.

Debe distinguirse, y queda dicho todo, entre el catolicismo y el clericalismo.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

LA MUESTRA DEL ZAPATERO

CUENTO CAROLINO ALEMÁN

Fué un verdadero escándalo. Cuando menos se esperaba y contra lo que era de esperar, porque era un matrimonio modelo que se llevaba muy bien, cundió entre amigos y conocidos la noticia de que la señora de Pérez, á su esposo el Sr. de Pérez, se los había plantado de los más grandes, hasta el punto de impedirle la natural colocación del sombrero.

Era el Sr. de Pérez generalmente apreciado por sus bellas cualidades, y entre otras, porque nunca negaba cinco duros á un amigo que se los pidiese prestados. Tenía, pues, muchos amigos, y así es que cuando se supo lo que se supo, estalló un grito universal de indignación.

—¡Esa mujer no tiene perdón de Dios, y merece!

Aquí cada uno con arreglo á su capricho, añadía lo que merecía en su concepto la señora de Pérez por haber coronado á su marido, á un hombre tan bueno, tan aplicado, tan trabajador, tan amante de su familia, de figura no despreciable, siempre dispuesto á prestar cinco duros, etc. Cuando estas cosas se hacen con un hombre que presta cinco duros á cualquiera, ¡qué no se hará con aquellos de corazón tan empedernido, que niegan dos reales para almorzar!

Tomaron la cuestión á pechos los numerosos amigos, alarmados porque el Sr. de Pérez, sumido en el dolor y en la desesperación, no pensando más que en su afrenta, ni vería, ni entendería, ni haría caso al que fuese á hablarle. ¡Pues ahí era grano de anís la cosa y bonito el humor del ofendido esposo para pedirle cinco duros! Era preciso arreglar á todo trance el desagradable incidente, aunque hubiese que acudir á Cachano para que lo arreglase con tres tejas.

Entre los amigos más alarmados y oficiosos, se distinguía D. Filiberto Sablazos, capitán de caballería retirado, muy conocido en todos los cafés y en todas las timbas.

—Pérez está abatido, tiene la razón trastornada, porque el golpe ha sido terrible, decía el capitán al común amigo Manolo Bullangas, vividor de oficio, abonado constante á la acera de la calle de Sevilla, y hay que contribuir entre todos á que cese su triste situación.

Se acerca á los dos interlocutores don Pascasio Rumiante, caballero particular que sabe cuáles son en Madrid los restaurantes donde se come mejor.

—Apuesto un almuerzo en Los Cisnes, á que están Vds. hablando del pobre Pérez, dice metiendo baza. Yo no hago más que cavilar de qué manera comprendemos el roto sin que, zurcido, se conozca el sitio de la avería.

Tras el señor inteligente en almuerzos y

cenar, llegaron otro y otro, hasta formar un corro bien nutrido, y juntos deliberaron largo rato hasta llegar á un acuerdo.

El Sr. de Pérez estaba en su despacho, en vuelto en su bata, sentado en un cómodo sillal, con los brazos cruzados sobre el pecho y entregado á penosas reflexiones, cuando se le anunció que una comisión compuesta de amigos que le querían bien, *capitaneados* por el capitán Sablazos, deseaba celebrar con él una conferencia para tratar de un asunto interesante.

Concedido el permiso, entró el capitán seguido de su escolta, todos graves y serios cual el argumento lo requería, y una vez en los *medios*, todos al mismo tiempo se inclinaron profundamente hasta dar con sus sombreros en la alfombra y poner los espinazos paralelos al horizonte. El Sr. de Pérez conmovido, se levantó para recibir á la comisión y hacer los honores de la casa, arreglando su semblante á los semblantes compungidos de los señores de la embajada.

El asunto era delicado y difícil de abordar, y el mismo presidente, que en desparpajo y osadía daba á cualquiera quince y raya, y no acertaba á empezar. Acudió al expediente de la tos, que en estos casos no procede de carraspera sino de dificultad en hallar las primeras frases.

—Sr. de Pérez, nuestro querido y estimado amigo Pérez, dijo por fin, poseídos del mayor dolor todos cuantos aquí venimos impulsados por los santos deberes de una amistad verdadera, será pálido lo que digan nuestras bocas para expresar lo que sienten nuestros corazones desde que hemos tenido noticia de que su esposa... su infiel esposa... su indigna esposa....

El Sr. de Pérez no le dejó continuar. Con agitación febril se arrojó en los brazos del señor presidente de la comisión, y allí, estrechados fuertemente, mezclaron sus lágrimas el valiente capitán y el ofendido esposo. Al presenciar escena tan conmovedora, los señores de la comisión se conmovieron también y sacaron los pañuelos para aplicarlos á su ojos humedecidos. Mas de quince minutos duró el coro de llorones.

Repuestos y un tanto desahogados, el capitán tomó de nuevo la palabra para decir:

—¡Quién, quién ha sido el canalla que á tan cumplido caballero, á tan querido amigo...

—Señores, me cuesta trabajo declararlo; pero no puede negarme ante las pruebas de simpatías que estoy recibiendo. ¡Ha sido el zapatero del portal de esta casa, de la que soy propietario!

Resonó un murmullo prolongado de asombro, durante el cual manos y sombreros de los señores de la comisión, presidente inclusive, tocaron al techo.

—¡El zapatero del portal! exclamó el coro.

—El capitán se dirigió á su séquito y dijo con energía.

—¡Señores, esto es indigno! Vamos á matar entre todos al zapatero del portal.

El señor inteligente en materias de cocina, que en primera fila estaba, dijo por su parte,

—Mentira parece el tal zapatero, que será hombre acostumbrado á guisos ordinarios, se haya permitido manjares finos, como con los que es de suponer le habrá agasajado la señora esposa de nuestro buen amigo Pérez.

—¡Un remendón, un miserable remendón! dijo el vividor de oficio, cazador de gangas y abonado á la acera de la calle de Sevilla! —que sólo hará chapuzas, medias suelas y tacones, elevarse á costa del Sr. de Pérez y de su esposa á la categoría de maestro de obra prima. ¡Para cuándo guardara Júpiter sus rayos!

—Hay que hacer con él una barbaridad, un ciento de barbaridades, gritó el capitán. Vamos á darle una soberana paliza. ¡Guerra al zapatero remendón!

El esposo ofendido procuró calmar los ánimos.

—Señores, no se molesten ustedes: de fijo que no está en el portal, que está en la taberna, y vaya usted á veriguar en cuál de las infinitas del barrio estará metido.

Cuando habla el resentimiento son inútiles las razones. La comisión, sin hacer caso de las juiciosas advertencias del Sr. de Pérez, se precipitó fuera del despacho en medio del más espantoso barullo y gritos de venganza. Un pobre aguador que cargado con su cuba subía á verterla en el piso segundo, fué atropellado por la multitud, derribado en tierra y derramado el líquido, destinado á una tinaja, en los peldaños de la escalera.

Los manifestantes, al llegar al portal, se encontraron con que no encontraron al criminal zapatero, como presumía el ofendido esposo y propietario. Arrimada á la pared estaba la mesilla con las herramientas y útiles del oficio, y el banquillo donde el artista trabajaba, cuando trabajaba; y sobre la mesa y el banquillo y todos los chirimbolos descargó la ira popular, más sobre una tabla clavada en el dintel, á guisa de escudo de armas, donde estaba pintada una botina, y se leía en gruesos caracteres: «SE RremOntan otAs y zapatos.»

El inteligente en almuerzos cargó con unos trastos y el cazador de gangas con otros, y tirándolos en medio del arroyo, ardiéron las cerillas fosfóricas y se armó la hoguera al humo, elevándose en espiral, penetró por los balcones del despacho del Sr. de Pérez, anunciándole el patriótico desahogo y que su honra llevaba un buen jabón.

Pronto se difundió la noticia por todo el barrio y llegó hasta la taberna donde el maestro vaciaba algunas copas. Era hombre de mucha calma, que sabía arrostrar sereno los acontecimientos, y dijo:

Corriente; tendrán que darme una satisfacción. No me contento sin que me den otra mesilla nueva y mejor y me repongan toda la herramienta; ítem más otro escudo de muestra, y que todo lo que le han roto, acompañados de sus parientes, amigos y conocidos desfilen por delante del portal, donde estaré yo muy puesto de camisa limpia, saluden la muestra, que yo adornaré de gala, y griten al mismo tiempo: ¡Viva el tío Blas, maestro de obra prima, premiado en varias Exposiciones!

Esta pretensión audaz fué hecha sin más rodeos al Sr. de Pérez por el ofendido zapatero de su portal. Tras cuernos, penitencias.

En estado de completa embriaguez y con el cigarro en la boca, dándose aires de jaque, el tío Blas, exigió las satisfacciones, amenazando que de lo contrario, ayudado de sus compinches, de todos los remendones de la cristiandad, haría con el Sr. de Pérez una que fuera sonada. El pobre marido se excusó diciendo que él no tenía la culpa, que antes bien procuró contener á la muchedumbre, y que daría las satisfacciones, consiguiendo, pero sin ruido ni aparato, porque el horno no estaba para rosquillas, porque pretender que el capitán Sablazos con el genio que gastaba, y los que en el jollín le ayudaron habían de prestarse á la ceremonia, era pensar un desatino.

El tío Blas fué amansándose poco á poco y dando oídas á razones. Declaró que por el pronto desistiría de su empeño, sin perjuicio de que cuando estuvieran los ánimos más calmados, se completaría la reparación, y con el conque de que el señor de Pérez se aguantaría y diría amén, aunque le viese que con la señora y en sus propios hocicos.....

¡Hay maridos tan pazguatos! ¡Hay hombres tan amantes de la paz de su casa! El Sr. de Pérez suscribió, si bien, dicho sea en su obsequio, por un resto de pudor, dijo que formularía protesta, se entiende de mentirijillas.

El tío Blas se mostró entonces de una generosidad verdaderamente alemana. Dijo que aunque la señora en cuestión no era su mujer, sino la mujer del prójimo, bastaba que por fas por nefas había tomado de ella posesión para que continuase poseyéndola; lo cual para el bien parecer y evitar murmuraciones, se arreglaría de modo que á todos se diese el timo; que él, el tío Blas, á cencerros tapados haría su gusto y sacaría el provecho, y que el señor de Pérez seguiría aparentando que era el amo y cargando con el mochuelo del gasto y todas las pejiuieras. Dijo más, pues dijo que no tenía inconveniente en que fallase el pleito como ár-

bitro cualquier zapatero remendón nombrado por él, en la seguridad de que el pleito había de fallarse á su favor.

A última hora no podemos decir en qué parará el hembrollo; porque se susurra que aunque el Sr. de Pérez acepte el extraño arbitraje, falta que lo acepten los que hicieron astillas la muestra del zapatero.

MANUEL CUBAS

HISTORIA ANTIGUA

Dados por ciertos estos comentarios, á nadie extrañará que llegase Guillén Sorolla recto como una bala al cenador, en donde los dos amantes repetían esa larga letanía amorosa, cuyas invocaciones suenan tan bien en todos los corazones que adoran.

Llegar, oír que su mujer dirigía á alguien juramentos que rompían el que ante el altar le hizo á él en el día infeliz de su casamiento, y disparar casi á boca de jarro los dos cañones de su escopeta, fué obra de un segundo.

Después... después nada; los criados y gentes que acudieron al ruido de los disparos, detuvieron al conde en el instante en que se arrojaba, cuchillo en mano, sobre su mujer, que yacía en tierra desmayada, y un cazador descubrió á la luz de una linterna sorda un rastro de sangre, mientras otro aseguró haber visto salir del cenador, después de los disparos, un hombre que, favorecido por la oscuridad, se perdió entre la maleza.

Se registró el monte y el jardín, pero inútilmente, porque como abundaban las matas, fué imposible seguir hasta el rastro de sangre.

II

Cuando el conde quedó sólo en su cuarto con el antiguo administrador de la casa, un honrado viejo, sobre cuyas rodillas había aprendido á montar á caballo y entre cuyos brazos creció, se deshizo en lágrimas. No, él no merecía aquella perfidia, se vengaría. Ni las sensatas reflexiones del anciano servidor le calmaron, antes al contrario, encendieron más su ira.

Por último, después de soñar fuerte mil disparates, formó un plan diabólico que asustó al administrador, único testigo de aquellos horrendos pensamientos dichos en voz alta.

—Lo averiguaré, exclamaba, aquí en estas soledades, lejos de poblado no viven sino contadísimas personas, y aun entre esas, el número de los que pueden ser amantes de mi mujer, es más contado todavía. ¡Yo hallaré al culpable! Mañana daré un convite, una comida, á la cual rogaré que asistan todos los vecinos: el que no asista, el que se excuse, ese, ese es el que ha afrentado mi casa, ese es el herido... el que yo debo matar.

El interrumpiéndose, preguntó al anciano: —¿Viste el rastro de sangre tú mismo. Tomás?

—Yo mismo.

—¿Luego está herido?

—Debe estarlo.

—Pues mañana, mientras yo doy aquí la comida, estarás tú de centinela en la carretera de los Aforines, y allí detén y registra todos los carruajes que pasen, y tráeme la nota de los que vayan á la ciudad. Lleva dos guardias, y si encontráis al culpable, matadle.. no, traédme vivo para proporcionarme el placer de que yo le mate.

Vino la tarde, y todos los vecinos fueron llegando por familias al palacio de los Jivaller. El marqués fiscalizaba con la vista á todos, pero no encontraba ojos que se bajaran ante los suyos, ni rostro que denunciaran la fiebre producida por la herida que la roja sangre acusó.

Por lo demás, el suceso de la noche anterior lo explicó él fácilmente. Un picaro había entrado en el jardín á robar manzanas, y fué preciso ahuyentarlo con una perdigonada. Ni más ni menos.

Benifaraig sabía disimular y fingía una

tranquilidad; no así Inés, que pálida y ojerosa, apenas contestaba por monosílabos, á las preguntas de los vecinos.

Sólo sonrió cuando Mayans, el viejo Mayans, la dijo quedo, muy quedo, que parecía la virgen de los Dolores; pero la sonrisa fué fría; el mismo Mayans confesó luego que le había hecho el efecto de una espada desnuda.

¡Más que transformación se verificó en el rostro de Benifaraig cuando observó que Dalmau de Querat no acudía á la cita! Una aguda sospecha le hirió en el corazón, pero se rehusó.

—¡Cómo! se habría atrevido él siendo tan amigo.

Y es que el marqués se olvidaba en su desdicha, que hay infamias que no pueden hacerlas más que los amigos.

—¿No viene Paco? preguntaba un convidado.

—¿Qué le habrá sucedido?

—¿Estará enfermo?

Y cada interrogación se clavaba en el cerebro de Sorrolla como un dardo encendido.

Se anunció la comida, y Francisco Dalmau no llegaba. Otra vez la sospecha, la maldita sospecha, apareció en la mente del marqués.

—Juan, le dijo á un criado, monta á caballo, y véte á preguntar si está enfermo el señorito Paco.

—No, no estoy enfermo, gracias á Dios, dijo en aquel instante D. Francisco, que apareció en la puerta del comedor.

¿Por qué no confesarlo? El marqués se alegró de verle entrar, y ni siquiera paró mientes en la palidez de su amigo, en la brillantez febril de sus ojos, ni en lo pesado y fatigoso de su marcha.

¡Estaba allí presente su compañero, su amigo! La ofensa era menos cruel; ya no tenía que añadir á la perfidia de su mujer la traición de un amigo, de un hermano!

Francisco no quiso probar bocado, había comido, lo agradecía mucho, pero como no recibió á tiempo el recado por estar de caza, no pudo venir antes. Estaba contento y decidido, fué por un momento la alegría de la fiesta, y cuando después del café pidió permiso para retirarse, todos se entristecieron. Le instaron, le suplicaron más, él pretextó un compromiso anterior, una palabra empeñada, no podía faltar; pidió perdón y se marchó pausada y tranquilamente.

—Algo le pasa, dijo uno.

—Parece que se tambalea, dijo otro.

—Sí, añadió el marqués, y por cierto que me conviene enterarme...

—¿Por qué?

—Porque no vaya á matarse el pobrecillo.

Y marchó hacia su amigo con ánimo sin duda de inspeccionar el estado de su salud.

Ya sabemos nosotros cuanto podía esto interesarle.

Francisco bajó al jardín agarrándose á todas partes y marchando con grandísima dificultad, en donde sintiéndose desfallecer, se ocultó al ver que le seguían detrás de un grupo de madreselvas, que entrelazadas crecían trepando por un enrejado de cañas.

Cayó al suelo presa de una angustia mortal, más aún tuvo fuerzas para rasgar su vestido y descubrir el pecho. El pecho estaba vendado, pero ni el vendaje respetó el caído Francisco, antes por el contrario, lo arrancó con mano firme, dejando al descubierto una herida de rojos é inflamados bordes. Sacó una pistola del bolsillo de su casaca y aplicando con decisión enérgica el cañón sobre los labios de la herida, disparó.

Cuando Guillén Sorolla llegó al soto no encontró más que el cadáver de su compañero, de su amigo.

Honda impresión causó en toda la comarca, y aún dijose entonces con trazas de verosimilitud, que la condesa de Jivaller encaneció en dos días, que Sorolla emprendió un viaje larguísimo, y que los parientes de D. Francisco Dalmau consumieron buena parte de las

rentas heredadas en construir espléndido panteón que aún se admira en el valle del Cabezogordo.

Sobre las razones que para matarse tuvo D. Francisco, corrieron innumerables versiones, pero carecían de fundamento, pues se dijo que lo hizo por no vivir arruinado, y el administrador demostró á los maldicientes que nunca estuvo en más auge la fortuna de su amor, dijose que movióle enfermedad incurable, y los médicos de Onteniente dieron fe á cuantos quisieron escucharla, de que la salud de D. Francisco era immejorable y hubiese vivido luengos años sin la maldita pistola que le privó de la existencia; añádióse que se mató por desamor y falsa correspondencia de doña Inés y nosotros sabemos cuán falsa invención y cuán desprovista de fundamento.

—Matóse, dijo la abuelita, por salvar el honor de una dama.

—¡Qué Dios le bendiga! añadió Laura, y á todo el que imite su ejemplo.

—Habrán tan pocos, que no derrocharía el cielo sus bienes premiándolos.

—Cierto. Y dígame usted, abuelita, ¿no ha quedado rastro de aquel amor entre Francisco é Inés? ¿No hay señal que manifieste á los humanos el inmenso sacrificio de aquel hombre?

—Sí, todos los años aparece en el día de conmemoración de los Santos Difuntos, una corona de rosas blancas sobre el sepulcro del pobre D. Francisco.

—¿Y quién la deposita?

—No lo sabe nadie.

—¿Nadie, abuelita?

—Nadie más... que yo.

RAFAEL COMENGE.

LAURA

BOCETO LITERARIO

Continuación.

Reasumid la vida de la mujer, y la hallaréis explicada con una sola palabra, amo: en la infancia, amó á sus padres; en la juventud, amó á su esposo; en la vejez, amó á sus hijos....

R. de Satorres

Un día rodeado de multitud de curiosos bosquejaba en el lienzo uno de mis sueños; el asunto era sencillísimo, preso en un calabozo, rogaba á Dios hiciera conocer mi inocencia, y un ángel que era Laurita, rompía mis cadenas; yo contemplaba mi obra, y á su vista, copioso llanto bañaba mi rostro: en aquella ocasión, su padre de V., que visitaba el establecimiento y acertó á pasar por el lado del grupo de curiosos que me rodeaba, le chocó aquella aglomeración de gente, y trató de averiguar la causa.

—Es un pintor que está loco—le dijo el jefe.

—¿Loco?

—No puedo calificarlo de otro modo. Escribe cartas á las familias de los que no saben, y lleva su escentricidad á tal punto, que á más de pagar los sellos de cuantas le encargan, distribuye la mensualidad que sin falta alguna recibe todos los primeros de mes, entre los que se hallan enfermos; su ocupación es pintar, y con el producto de sus cuadros cubre sus necesidades.

—¿Y qué delito ha cometido?

—Muchos, y parece mentira; su fisonomía es noble, su educación esmerada, acaso, acaso paga un delito que no ha cometido.

—Es raro.

—Su expediente es curioso, si V. quiere verlo.

—Preferiría, á ser posible, hablarle.

—Nada más fácil, en mi despacho podré hacerlo, y mientras tanto, y con su permiso, voy á vigilar los servicios.

—No faltaba más, amigo mio, lo primero es el deber.

Sentado sobre un sofá en el despacho del director, me esperaba su padre de V.; tan luego como me vió, me tendió la mano, obligándome enseguida á ocupar un lugar á su lado.

—Joven—me dijo—antes de ver á V., me inspiraba curiosidad su conducta, ahora, sin

necesidad de que se vindique, aseguraría sin temor de equivocarme, que caí inocente de los delitos, porque habéis sido sentenciado.

—Sois muy bueno, señor.

—Estudios profundos me han hecho conocedor del corazón humano, y repito que puedo impunemente asegurar que sois inocente; acaso en mi mano esté el mejorar su suerte, mas para ello, necesito conocer los hechos que han conducido á V. á este antro.

—Señor, desde hace años, es la primera vez que me dirigen frases de las que mi alma está ávida; esto y el respeto natural que me inspira esa blanca cabellera, me obligan á usted, pero antes de decir una palabra sobre mi pasado, yo espero la formal promesa de que no se ha de perjudicar á nadie por mis revelaciones.

—Contad con ella.

Entonces enumeré mis desdichas y presenté la carta de Laura; durante mi narración, las lágrimas brotaron más de una vez de los ojos de su padre, y mientras leía la carta, pude ver retratada la indignación en su rostro.

—Joven, mis conocimientos en la corte son muchos, y prometo emplearlos todos en su favor; alabo su proceder, y la inversión de su dinero: ahora bien, ¿quiere V. hacerme un favor?

—Me hallo dispuesto á todo por V.

—Entonces espero que termine el cuadro que pintaba cuando yo recorría los patios, y le ponga precio.

—Si V. quiere honrar mis modestas producciones, yo le ruego que lo acepte como regalo de un desgraciado; ¡qué mejor precio para él que poder ser mirado por un hombre honrado!

—Dispénsame V., amigo mio, yo, no ignoro que sus pinturas le dan para sostenerse, y no puedo aceptar su oferta, por lo tanto, si quiere que el mencionado cuadro sea mio, póngale precio, de lo contrario no lo aceptaré.

—Nunca.

—Siento que me prive de este placer, pero repito á V. que de no saber su precio, no lo acepto.

—Pues bien; cuando esté acabado, V. me da lo que quiera.

—Conformes. A trabajar, pues, y no olvide V. que hay una providencia que se encarga de premiar la virtud, y no deja jamás desamparados á los buenos.

—Conformes. A trabajar, pues, y no olvide V. que hay una providencia que se encarga de premiar la virtud, y no deja jamás desamparados á los buenos.

—Conformes. A trabajar, pues, y no olvide V. que hay una providencia que se encarga de premiar la virtud, y no deja jamás desamparados á los buenos.

—Conformes. A trabajar, pues, y no olvide V. que hay una providencia que se encarga de premiar la virtud, y no deja jamás desamparados á los buenos.

—Conformes. A trabajar, pues, y no olvide V. que hay una providencia que se encarga de premiar la virtud, y no deja jamás desamparados á los buenos.

—Conformes. A trabajar, pues, y no olvide V. que hay una providencia que se encarga de premiar la virtud, y no deja jamás desamparados á los buenos.

—Conformes. A trabajar, pues, y no olvide V. que hay una providencia que se encarga de premiar la virtud, y no deja jamás desamparados á los buenos.

—Conformes. A trabajar, pues, y no olvide V. que hay una providencia que se encarga de premiar la virtud, y no deja jamás desamparados á los buenos.

—Conformes. A trabajar, pues, y no olvide V. que hay una providencia que se encarga de premiar la virtud, y no deja jamás desamparados á los buenos.

—Conformes. A trabajar, pues, y no olvide V. que hay una providencia que se encarga de premiar la virtud, y no deja jamás desamparados á los buenos.

—Conformes. A trabajar, pues, y no olvide V. que hay una providencia que se encarga de premiar la virtud, y no deja jamás desamparados á los buenos.

—Conformes. A trabajar, pues, y no olvide V. que hay una providencia que se encarga de premiar la virtud, y no deja jamás desamparados á los buenos.

—Conformes. A trabajar, pues, y no olvide V. que hay una providencia que se encarga de premiar la virtud, y no deja jamás desamparados á los buenos.

—Conformes. A trabajar, pues, y no olvide V. que hay una providencia que se encarga de premiar la virtud, y no deja jamás desamparados á los buenos.

—Conformes. A trabajar, pues, y no olvide V. que hay una providencia que se encarga de premiar la virtud, y no deja jamás desamparados á los buenos.

Que es cierto que el vivir bajo un techo por algún tiempo engendra cariño hacia el sitio habitado, lo prueba el que no sin pesar abandoné aquella casa, donde habia perdido la salud, la razón y en la que estuve á punto de perder la vida.

Madrid, con sus tiendas, sus paseos, carruajes y lujos no llamó la atención de este pobre; recogí cuanto me pertenecía é inmediatamente busqué á su señor padre; estaba en San Sebastián, corrí en su busca; cuando llegué habia abandonado la población; pensé salir de nuevo, pues me habia trazado mi plan, mas sin darme cuenta del por qué, siempre dejaba para el siguiente día mi viaje.

Habia por fin fijado el de mi salida, y esperando llegara la hora, paseaba por la orilla del mar comparando su inmensidad á mi amor y á mis desventuras, cuando una voz arto conocida, y aun grata á mi alma, resonó en mi oído, volví la cabeza, y mis ojos tropezaron con los de Laura, mi mano insensiblemente asió el sombrero, y mi cabeza se inclinó. Laura bajó la suya y habló al oído de una niña unas frases que no percibí mi oído, pero que comprendí mi corazón.

Ya no podía marchar, estrechos vínculos me unian á aquella población. Laurita, mi hija era muy amiga mia y pasábamos muy felices ratos sentados sobre la arena, ella por las golosinas y juguetes que la regalaba, y yo por las caricias que me prodigaba. Sus sonrosadas manos acariciaban mi barba, y sus labios se paraban sobre mis ojos, produciéndome un placer embriagador.

—¿Me quieres mucho?—le pregunté un día.

—Más que á mi segundo papá.

—Como, ¿pues cuantos papás has tenido?

—Dos; el primero que se llamaba Alberto como tú, y que dice mamá que era muy bueno, pero yo no conocí; se murió cuando yo era muy pequeñito, y el segundo que se llamaba Alfredo.

—¿Y no era bueno también tu papá Alfredo?

—No, porque bebía mucho vino, y luego nos pegaba á mamá y á mí, y me decía que yo no era hija suya.

—¿Y tu mamá qué hacía entonces?

—Rezar, llorar, y besarme mucho, y me decía: pide á Dios, hija mia, por tu papá Alberto, que aquel no te hubiera pegado nunca.

Aquel episodio de la vida íntima de Laura me impresionó sobremanera, y de mis ojos preñados de lágrimas salieron dos imprudentes que corrieron por mis mejillas.

(Se continuará)

MIGUEL MARTINEZ FRANCO.

ROSARIO

Rosario era hija de padres ricos, que la educaron bien. Tenía, además, natural inclinación á la virtud, como la mayor parte de las mujeres españolas á los quince años. Estaba enamorada de un excelente muchacho.

En 1865 hizo estragos el cólera en Granada. En un mes murieron los padres de Rosario y el novio. De la hacienda y de la fortuna se encargó un pariente lejano, que redujo todo á dinero y se marchó á Buenos-Aires. Como se dice en lenguaje familiar español, *hasta hoy*.

Rosario se quedó sola en el mundo. Buscó trabajo, no lo halló, rodó de tienda en tienda, de casa en casa, sólo encontró decepciones. En todas partes le decían *flores*. ¡Oh, eso sí! A cambio de su linda persona, cuanto quisiera. No quiso. La linda muchacha no encontrando en su pueblo medios de vivir, vino á Madrid y tuvo el valor de ponerse á servir.

¡Servir! ¡Ella, que habia tenido tantos criados!

Pero la vida es así, y el hambre no espera. Una señora, por recomendación de unas monjas, la admitió en su casa como doncella.

Esta señora estaba casada con un D. Juan, abogado, buen mozo, gran orador, defensor de buenos pleitos y enamorado y con fortuna. Se le puso á él en la cabeza que la doncella habia

de hacerle caso. Ninguna mujer se le había resistido nunca. Rosario resistió, amenazó con irse, con contárselo á la señora...

La señora fué una tarde al sermón; el abogado volvió del tribunal de defender á una joven deshonrada, y defendió el pleito contrario.

¡Oh, qué horror! Aquellas lindas manos fueron atadas á la espalda, el cabello casi arrancado, la boca tapada con un pañuelo. De todas las fieras, no hay ninguna como el hombre sobre la haz de la tierra.

Rosario desapareció. Nadie supo más de ella.

Los periódicos dijeron al día siguiente que una joven había sido extraída del estanque de las Campanillas, medio ahogada...

Un guardia la salvó á tiempo y se la llevó á su casa.

Y como era tan hermosa se enamoró de ella.

Rosario contó lo sucedido. El guardia no quiso casarse con ella.

Pero seguía enamorado, loco. La escena de casa del abogado estuvo á punto de repetirse. —¡Socorro!—¡A mí!—Acuden los vecinos, sábase lo que pasa; el guardia, desesperado, decubierto, iracundo, vengativo, jura que ha querido registrar á aquella mujer, porque le falta tanto dinero de su casa.

Rosario va á la cárcel de mujeres.

Allá oye tan horribles palabras, pasa por tan atroces monstruosidades, se agria su carácter de tal modo, que sufre el contagio peor de todos, ese del que se libran contadísimos seres: el de la inmoralidad.

Resulta inocente, sale á la calle..... ¿qué vá aser de ella? Una vieja que la ha conocido en la carcel, le adelanta dinero, le alquila vestidos, la lleva á una casa donde se encuentra con diez ó doce mujeres, entre las cuales hay dos ó tres que fueron sus compañeras en el Modelo..... Quedase allí hasta sabe Dios cuándo. Ya no se pertenece. Cuando pague, saldrá.

—¡Oh almas de mis padres que estáis en el cielo! exclamaba á sus solas. ¡Oh amor primero de mi vida! ¡Oh buena fé de mis primeros años! Llevadme, Señor! ¡Dadme la muerte!

Y una voz aguardentosa grita desde el pasillo:

—¡La Rosario!

Ahora se la arrojan á un estudiante grosero y sucio. Ayer fué un picador borracho.... En estas intimidades, Rosario es presa de paroxismos nerviosos que aquellos bestias juzgan de otra manera. Conserva á pesar de su martirio un gran resto de su hermosura; tiene mucho partido. A veces, el amigo que la busca, observa que se le caen dos grandes lágrimas. Una noche este amigo era joven; simpático, al parecer sensible.

—¿Lloras de veras?

—Sí.

—¿Serás feliz fuera de aquí?

—¡Oh, sí!

—¿Conmigo?

—¿Con cualquiera!

La obliga á contar su historia, le hace entrever un porvenir dichoso, una vida tranquila... Rosario cree despertar de un sueño, le besa las manos...

—¡Pobrecilla!—dice él.—¡Qué lástima!—La respeta y le deja sobre la mesa un billete de cinco duros.

Una puñalada no le hiciera más daño. Destroza con las rosadas uñas el papel moneda, va á salir, cae sin sentido... se hiere en la frente... al volver en sí no oye sino insultos. ¡Picara! ¡Hipócrita! ¡Desagradecida! ¡Echar así á los amigos de mi casa! En tanto, allá adentro se oyen blasfemias, *cante hondo*, vasos que chocan, risotadas y palmas.

Rosario ya no habla, la vieja sale al pasillo y grita:

—¡Don Andrés!

Es uno de los concurrentes, un practicante... Ve á Rosario, se acerca.—¿Qué es eso, mala sangre?—La pulsa, le entreabre los ojos, y cambia de color.—Esta chica está muy mala, esta chica se muere...

Rosario oye toda la noche pisadas, gente

que entra y sale, cantares lejanos, mujeres que la llaman, ó le tocan la frente.—¡Rosario!—¡Chiquilla!—Pues va de veras.—Está que arde.—¡Rosario!

Y la fiebre sube como un río de fuego. Rosario ve visiones azules y blancas y rojas... su novio, aquel de Granada, tan guapo, tan modesto... aquel que un día se atrevió á pedirle un beso, y ella, encendida como una amapola, se lo negó... la sombra del abogado pasa y repasa y se acerca y le pone los dedos temblorosos en el cuello... y entre tanto sueñan las voces de las presas, y allá al fin del pasillo cantau.

«Mare yo me voy con él,
que se ha llevadito el hombre
la raíz de mi querer.»

—¡Olé! ¡olé!

—Cerrar esa puerta.

—¡Como que ella oye!

—Está atroz.

A la mañana siguiente traen una camilla y la llevan al Hospital. Allí es donde abre los ojos, sus grandes ojos negros, que miran espantados á derecha é izquierda. El médico habla en voz baja con la hermana de la caridad, que viene después hácia ella, como una mariposa blanca que descendiera del cielo. Por fin podrá hablar, por fin habla, y en voz baja para que las enfermas de las camas de al lado no se enteren.

¡Qué pronto se entienden! La hermana le da consuelos, ella cuenta su vida, la hermana también.

—Mis padres murieron.

—Los míos también.

—Mi novio á poco,

—Como el mío.

—Quedé sola en el mundo.

—Y yo, hija mía.

—Me quedé á servir á unos señores.

—Y yo al solo Señor.

Rosario mira al cielo.—¡Oh Dios mio no haberlo yo pensado!

—Fuí victima de un miserable... y aquí dice el nombre de su amo.

—¿Don Juan? ¡Quién lo pensara, un hombre tan bueno! exclama la hermana.

Rosario la mira iracunda.

—Un hombre tan caritativo.....

—¡Jesús!

—¡Tan piadoso!

Rosario se agita en la cama.

—¡Válgame su Divina Majestad y las cosas que se ven! Esa cama donde usted está es donativo suyo.

Al oír esto, Rosario arroja de sí las sábanas, descubre el hermosísimo cuerpo, se incorpora violentamente, salta del lecho al suelo.... ¡Favor! grita la hermana, las enfermas de derecha é izquierda se sientan y gritan, acuden los practicantes, los mozos.... Rosario en delirio terrible y con fuerza sobrenatural se defiende de todos.... por fin consiguen sujetarla, volverla á la cama, atarla á ella.... cuando el médico llega ya no hay tiempo sino de pedir la Santa Unción..... Rosario ha muerto.

Al siguiente día sale por la puerta del hospital un hombre cargado con un féretro forrado de percal negro, que contiene los restos de aquella mujer que como tantas otras mereció ser dichosa y no pudo. Calle abajo se pierde de vista este cadáver que va al cementerio tan solo. Por la calle abajo viene una berlina y dentro de ella, de gran uniforme, aquel Don Juan, el abogado piadoso, el conquistador á quien sus amigos envidiaron siempre, gordo, magnífico, de gran uniforme. Va á Palacio á tomar el manto há poco que le dieron la gran cruz de Carlos III.

EUSEBIO BLASCO.

MAESE LOBO

I

Pepita, la camarera, estaba asomada á la puerta del Cafetín, tenía un delantal blanco ceñido á la estrecha cintura, y la servilleta al hombro, y miraba con aire distraído á las gentes que pasaban por la calle.

Era una de las muchachas más lindas de la casa, la más joven seguramente, pues aún no había cumplido diez y siete años: el rubio cabello era rizado y abundante! su boca, monísima, un hechizo formado para al verla recordar las rosas y las perlas; los ojos, brillantes, grandes y candorosos; su rostro muy bellos, sus piés diminutos, su cutis blanquísimo.

Pepita estaba preocupada; acababa de sucederle una cosa extraña: cerca de ella había pasado la señorita Julia, su amiga de la infancia, y había vuelto la cabeza por no saludarla.

Sin duda una mujer quedaria deshonrada por el sólo hecho de servir de camarera en un café. ¡Ya no le quedarian otras amistades que las de los jóvenes alegres y las prostitutas de lujo, y casi le dieron ganas de llorar al pensar esto!

¡Ah, si supieran las gentes que ella no había encontrado otro medio para librarse de la miseria que el de entrar de camarera en el Cafetín!

¿A dónde iria á aquella hora la señorita Julia? A misa tal vez: se oía el dulce y acompasado sonido de la campana de la próxima iglesia. Hacía más de tres años que Pepita no había visto á la señorita Julia. Eran otros tiempos aquellos: el padre de Pepita vivia aún; trabajaba, ganando un gran jornal, con el que marchaban muy bien todos; porque como les habían dado una portería en una casa de la calle del Barco, tenían además una peseta diaria y casa de balde. No eran sino cuatro personas: su madre, su padre, su hermano y ella.

La señorita Julia vivia con su familia en el principal, cuando ambas eran niñas, la señorita Julia siempre estaba llamando por la ventana del patio á la hija de la portera; jugaban á las comiditas y al visiteo, y haciendo de las toallas mantillas oían misa, haciendo iglesia el oscuro ropero que se hallaba en el fondo del pasillo.

Después el padre de Pepita enfermó, fué levado al hospital, murió, les quitaron la portería; Pepita y su madre fueron á vivir á un pobre sotabanco que les pagaba un desconocido á quien su madre había dicho que llamaran padrino; pero su hermano odiaba á este hombre, que comenzó por reñirle y acabó por pegarle de tal modo, que el chico sentó plaza por huir de su lado: al poco tiempo fué ella maltratada, sin que su madre la defendiese, sino que antes hacia porque aquel hombre extremara su rigor.

Una mañana salió Pepita al obrador resuelta á no volver á su casa, y, en efecto, no volvió.

Pero como con lo que ganaba en el obrador no podría mantenerse, y una compañera la había hablado de una buena colocación, aceptó este partido; entró á servir en el Cafetín; no pensó que en esto pudiera haber nada de malo, en cambio, ordinariamente ganaba tres pesetas, y á veces veinte y treinta reales.

¡Ah! ¡pero Julia no la había querido saludar! y un secreto temor la hacia pensar que la causa fuese el haber entrado en el Cafetín.

Pepita lo sentia, lo sentia verdaderamente: al fin y al cabo la señorita Julia la había enseñado á leer, y un poco de cuentas; aún guardaba Pepita un librito de tres ó cuatro hojas y dos láminas en colores: éste era un regalo de Julia.

Un cuento que Pepita se sabía casi de memoria, á fuerza de leerle y releerle: era el cuento-poemita de Perrault, la tierna y triste odisea de Caperucita encarnada, á quien engaña y devora Maese Lobo.

Recordaba Pepita cuando ella y Julia, interpretando la moraleja, hacían propósitos de no dejarse engañar por las melifluas palabras de ningún lobo astuto.....

—¡Vaya, Dios mio, quien había de decir que Julia pasaria junto á mí y volveria la cabeza por no tener el disgusto de mirarme!

Y con el extremo del delantal secó dos lágrimas que empañaron sus ojos.

II

El Cafetín estaba iluminado y lleno de gen-

te: estudiantes y oficiales jóvenes, dicharachos y alegres, que bromeaban con las camareras: entre éstas había algunas jóvenes y bellas y todas de aninadas fisonomías, coqueteando con los parroquianos: iban y venían de una parte á otra parte conversando con todos.

Pepita se hallaba aquella noche más embobada que nunca; apenas atendía á los concurrentes á las mesas que ella servía: Pepita era sobrado tímida para sacar partido de su posición: tenía la fama de inocente, por más que en esta inocencia hallaron muchos un refinamiento de maliciosos cálculos.

—Pues señor, esa chica es muy *panolis*, decía Carlota, camarera veterana, viendo que Pepita dejaba de servir á un viejo elegantón que la echaba unos ojos de codicioso apasionamiento.

—Lo que esa espera es que el diablo venga y se la lleve en el coche como á Trini la florista.

—Ay, hija, el diablo anda ahora á pié y descalzo, replicaban Carmela y Lucía.

En realidad, Pepita estaba aturdida: era aquella una vida extraña; veíase la muchacha á merced de singulares incitaciones y de temores íntimos é inexplicables, oyendo continuamente historias de muchachas que de la noche á la mañana habían logrado la fortuna de encontrar un amante generoso y espléndido, que las había convertido en grandes señoras, y, por el contrario, oyendo hablar de horribles infortunios, de historias espantosas, que tenían por término el hospital y la miseria.

Ella sentía á veces el febril acometimiento de sueños portentosos, esperanzas en un espléndido vivir de goces y de ostentación, ó le martirizaban pesadillas angustiosas, creyéndose amenazada de peligros inevitables.

Cuando la mujer se ve obligada á dispensar su gracia, su afabilidad, el encanto de sus sonrisas al primer desconocido que se le presente, halla en esto una abrumadora esclavitud, se cree vendida, se juzga en cierto modo propiedad del público, se ve apenada y suspira por la libertad; halla en aquello algo que pudiera con propiedad denominarse «prostitución moral.»

Pepita odiaba aquella existencia; á veces se rebelaba contra su obligación y aparecía huraña, áspera, indómita; llegó, por fin, á sentir la necesidad de un amor excesivo, un cariño suyo; sonreír, agrandar, complacer á alguien que pudiera oponerse á todo el mundo. Le fatigaban los galanteos, le repugnaban las proposiciones misteriosas, le irritaban el entusiasmo y la locura de sus apasionados.

Carmela saldría del Cafetín, un joven millonario la ponía casa y coche: enhorabuena; más envidiaba ella á Colasa, la vendedora de periódicos y de billetes, que tenía un amante pobre como ella; más envidiaba á la modistilla del almacén de sombreros vecino, que estaba en amores con un pobretón dependiente de comercio, que nó á Carmela, obligada á dispensar amor y caricias á quien tal vez le fuera odioso.

Una noche hubo de servir á un joven que, contra lo que era costumbre en todos los parroquianos, apenas la miró ni la dirigió la palabra. Tomó el café, pagó dejó medio real de propina y salió.

Era un joven alto, moreno, vestía con decencia y sencillez y tenía trazas de ser todo un caballero.

Volvió dos ó tres noches después y siempre procedía lo mismo que la primera: pasaron otras dos ó tres noches; Pepita pensó que el nuevo parroquiano no volvía ya, pero al cabo volvió estuvo más comunicativo, fijó en Pepita sus grandes ojos rasgados, y aun habló con ella, preguntándole de dónde era, cómo se llamaba y por qué razón servía en el Cafetín.

—Este hombre pensará seguramente lo mismo que la señorita Julia, que yo no debía estar aquí, se dijo Pepita.

A la noche siguiente, cuando fué á pagar el caballero, Pepita, fijando sus ojos en una rosa que el caballero tenía en el ojal de su le-

vita, pensó en que mejor agradecería aquella rosa que la propina: pues bien, el caballero lo adivinó, y le dejó por toda propina la rosa deseada.

—¡Oh! este hombre me quiere, no cabe dudarlo, se dijo; y desde entonces le esperó impaciente todas las noches: al cabo de algún tiempo pasaba largos ratos hablando con él. Ya una, Eduardo (así se llamaba el joven) la acompañó hasta la puerta de su casa y por fin tuvo un amante y por él dos ó tres meses de loco delirio.

Eduardo la hizo abandonar el Cafetín y la proporcionó trabajo en un obrador donde ganaba poquísimo; pero ¿qué importaba? ¿no era feliz? Si, lo era; sentíase dichosa. ¿Qué más podía desear?

III

A fines del mes de Diciembre el frío era intensísimo, el trabajo faltaba, Pepita no tenía ya nada que empeñar: había seguido sufriendo, en la esperanza de que Eduardo volvería. En la última carta que le había dirigido le daba cuenta de sus horribles sufrimientos... ¡Oh! él volvería, siquiera movido por la compasión; pero los días pasaban y Eduardo no respondía. ¿Recurriría Pepita á su madre? Ignoraba su paradero. ¿A quién, Dios mío?

¡Oh, cuánto daría por hallar á Eduardo! era su mayor deseo.

A veces sentía un odio profundo contra todo el mundo; por esto rechazó la idea de presentarse á la señorita Julia; hasta ella la había despreciado. ¡Ah! pero no, la señorita Julia tenía muy buenas entrañas, no había de negarle una limosna... no tenía Pepita entonces facha de mujer del mundo, estaba delgada, pálida... y en vergonzoso estado... ¡Oh! Si no fuera por el hijo que llevaba en el vientre se dejaría morir en un rincón... Se decidió, al fin, fué á la calle del Barco; la señorita Julia, ya no vivía allí, se había casado y vivía en el barrio de Salamanca, le dieron las señas y Pepita se presentó.

Fué recibida, Julia era feliz y hasta sentíase gozosa en poder hacer el bien... ¿Qué le ocurría? ¿Qué horror? La historia de la pobre Pepita la hizo llorar, en efecto, cuando Julia había visto á Pepita en el café, juzgó que se había pervertido y la despreció; pero lo que Pepita le refería era tan digno de compasión, que la señorita se hallaba profundamente conmovida.

—Sí, Pepita, tienes razón, tienes razón; ni has sido lo bastante feliz para poder ser hoy una mujer casada. ¡Oh, qué hombre más infame! ¡Dios mío! ¿No comprendió que tú no eras como las demás del café? ¿Y no sabes de él? ¿No tienes medios de hacerlo?

—¡Das permiso, hija mía! dijo detrás de la puerta una recia voz de hombre, que hizo estremecer á Pepita.

—Espera un momento, querido. Nada temas, Pepita, nada temas, no quiero que te sorprenda llorando; ese es mi marido, que no se aperciba de nada, dijo Julia, y sacando de su carterita de piel de Rusia dos billetes de 100 pesetas, añadió: toma esto, déjame las señas de tu casa... nada te apure, ya encontraré el medio de librarte de la suerte á que quisiera precipitarte... Maese Lobo. ¿Qué cierto ha salido el cuentecillo! ¿Te acuerdas...? ¿Te acuerdas...? ¡Ah, esto es terrible... pobre Pepita!

Pepita besó las manos de Julia.

—Gracias, señorita mía, gracias, murmuraba.

—Por Dios, no llores mujer.

—¿A bres ó no? volvió á repetir la voz.

—Pasa, hombre, pasa, dijo Julia abriendo la puerta.

—¡Ah! gritó Pepita al ver ante sí á Eduardo.

En éste se pintó el más vivo asombro, y retrocedió balbuceando:

—Perdona, ignoraba que tuvieras gente... y desapareció.

Julia se precipitó corriendo á auxiliar á Pepita, que se había dejado caer en la silla acometida de un ligero desvanecimiento.

—¿Qué es eso? ¿Te has asustado? Vamos mujer, no seas tonta; si ese que entraba era Eduardo, mi marido... ¡Verdad es que tú no le conocías! Te has asustado al ver entrar en el gabinete á un desconocido, no es eso?

—Sí, eso es; como no le conocía me impuso su presencia sin saber por qué.

—¡Oh, es muy bueno!

—Dios le haga á usted muy feliz, señorita; es usted de las pocas personas que he conocido que tengan un buen corazón...

Cuando Pepita se hubo marchado Julia exclamó: ¡Qué desgracia, Dios mío! á esa muchacha se le olvidó dejarme las señas de su casa: tal vez vuelva.

Pepita no volvió. Julia no supo de ella jamás.

JOSÉ ZAHONERO.

LA PINTURA CONTEMPORANEA (1)

Señores académicos;

Los que, por nuestra profesión y nuestros hábitos, sólo hemos aprendido como medio de expresión de nuestras ideas el lenguaje de la paleta ó del cincel, nos vemos obligados, en casos como el presente, á protestar de nuestra falta de costumbre y de nuestra insuficiencia para empresas literarias; y si, antes que yo, ingenios respetables han apelado á vuestra bondad y á vuestra tolerancia en ocasiones análogas, comprenderéis con cuánto anhelo haré yo este mismo llamamiento á vuestra generosidad y á vuestra cortesía, al proponerme disertar ante vosotros, no ya sobre los grandes problemas del arte ni sobre trascendentales cuestiones estéticas, sino sencillamente sobre mis humildes impresiones acerca de la moderna pintura española, tan próspera y tan floreciente, y acerca de nuestros actuales pintores; haciendo, más que un discurso, un saludo cariñoso y un homenaje al talento de mis colegas, que han sido á la vez mis alegres compañeros de juventud, los unos, y, todos, mis queridos amigos. Pero antes de cumplir ese deber de justicia y de cariño con los vivos, principiaré por tributar á un muerto el testimonio de mi consideración respetuosa. Yo, señores, ausente de mi patria largos años, no tuve la fortuna de conocer al ilustrado académico Sr. Gato de Lema, á quien vengo á reemplazar entre vosotros, ni la ocasión de admirar sus obras; pero juzgando de su valer como ingenio y como hombre por el afectuoso recuerdo que en vuestra memoria y en vuestro corazón conserváis los que tuvisteis la suerte de conocerle, uno á vuestro dolor el mío, y consagro á la memoria de vuestro compañero, un saludo de hermano; porque, sublime ó modesta, como quiera que haya sido su misión en el terreno del arte, tan dignos son de aplauso y de respeto los afortunados que llegan á la meta, como los que, sin ruido y sin alarde, llevan su piedra al montón.

Al agradeceros, señores académicos, la honra de mi elección para ocupar un puesto entre vosotros, os doy la seguridad de que he de poner al servicio de esta ilustre Corporación, si no otras fuerzas, toda la buena fé y la buena voluntad con que yo trato siempre de cumplir mis deberes, que no de otro modo correspondería dignamente al honor con que me habéis distinguido.

Y para daros, desde luego, una prueba de ello, comenzaré por cumplir la prescripción reglamentaria, desenvolviendo en esta solemnidad el tema que os he anunciado, con nuevas y sinceras protestas de mi insuficiencia, y puesta sólo mi confianza en vuestra generosa hidalgua.

Lejos, señores, está ya de nosotros el siglo XVII, que pasó legando á nuestra patria los monumentos inmortales de Arte y Literatura, que fueron el manto de púrpura con que encubrió su decadencia el gigantesco coloso, que desde el siglo XV, brillara ante el mundo con los esplendores del triunfo, del genio y de la pros-

(1) Discurso leído por su autor en la recepción de la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

peridad; y *Velazquez*, y *Murillo*, y *Ribera*, y *Zurbaran*, y *Cano*, como los grandes poetas, sus ilustres coetaneos, última expresión de nuestra grandeza secular, parece como que agotaron las fuerzas productoras de la naturaleza, esterilizándola después de tan esforzado producir; y *Carreño* y *Coello*, en quienes alienta aún el espíritu de los buenos tiempos, no dejando atrás de sí discípulos ni continuadores de las hermosas pasadas tradiciones, abren la puerta al vacío y al marasmo intelectual en oscura noche de olvido de la belleza plástica y de la belleza rítmica, y de todas las caballerescas idealidades de la antigua sociedad española; noche cuyas sombras nublan nuestro suelo en un largo período de cadencia, en el cual, no sólo el arte, la patria entera yacía inerte: el bastardeo de sus instituciones, sus reveses, la emigración constante de sus hijos, que por espacio de siglos, derramaron su sangre en descubrimientos y en conquistas, la habían enflaquecido y desangrado; sucediendo á los antiguos y hermosos ideales de patria, religión y gloria, que tantos heroísmos engendraron, un espíritu supersticioso y apocado, y una absoluta falta de fe y de fuerza, que no permitía al hombre elevarse á las regiones donde se bebe la inspiración de lo hermoso y de lo infinito.

Nada, en este período de tiempo, logró romper el soñoliento abandono en que yacían nuestros artistas; ni los halagos de la corte, que atraía á su seno á los pintores extranjeros colmándoles de favores; ni las mercedes de los magnates y de las comunidades religiosas, tan poderosas entonces, lograron, con sus estímulos, despertar pintor alguno de fuerza y de genio tales, que supiese atar el hilo del presente al hilo del espléndido pasado. Pero todo tiene su fin, y, como nuncio de mejores tiempos, brilla una viva luz en la mitad del siglo XVIII, que viene á sorprender al mundo de las artes, con la revelación de un arte imprevisto, impregnado de una personalidad prodigiosa y originalísima: *Goya*, que ya recogiendo las pérdidas tradiciones, ó merced á la poderosa intuición de su alma, surge con fantasía y con fecundia inauditas, á romper las cadenas de la rutina; bastando, por sí solo á ilustrar el último período de aquel siglo, con un arte nuevo y extraño, que, cuanto más se discute y más se estudia, con más fuerza se impone, por su acento de verdad, por los arranques de su genialidad vigorosa y por su inspiración, reflejo de un alma intencionada y férrea, dotada de todas las energías de su saza aragonesa, que poco después se dió al mundo en espectáculo en los gloriosos muros de la inmortal Zaragoza. Mas, pintor tan personal y tan inimitable, en sus aciertos magníficos, como en sus extrañas y sublimes excentricidades, no podía tener imitadores, ni pudo fundar escuela: su genio se consumió con él; pero, coincidiendo con los últimos años de su larga y laboriosa existencia, y como si la reverberación de su genio sirviera de norte á otros ingenios que, por distintos caminos, buscaban el renacimiento de la belleza artística, llegaron entre nosotros los principios de un arte nuevo, que intentaba salir de las viejas corrientes, reemplazando sus gastados moldes con el estudio de la belleza griega y con las robuistas inspiraciones de la clásica Roma con cuyos principios salvadores se iba venciendo el arte amanerado y enfermizo, entronizado en la caduca Europa de aquellos tiempos precursores de la revolución francesa. Y en pos de aquellos maestros que, importándonos ideas regeneradoras, nos trajeron la luz que había de iluminar nuestro camino; llegaron sus hijos y sus discípulos, que, aplicándose con fe á la enseñanza y á la propagación del buen gusto en el estudio de la pintura, valiéndose de métodos sencillos y de modelos hasta entonces no comprendidos ó desdeñosamente olvidados, abrieron ancho campo á la ambición de saber, que, con su estímulo y ejemplo, se despertó en la ardiente juventud de entonces, de que yo formaba parte, y en la cual habían de germinar las semillas de tan generosa é inteligente educación artística.

Data, señores, el moderno impulso de la

pintura española, del aliento que prestó á nuestros maestros el renacimiento romántico de su tiempo, al que no sólo las Bellas Artes debieron su feliz desarrollo, sino que también nuestra Literatura y nuestra Política le es deudora de páginas y de nombres gloriosos, que hoy rodeamos de legítima y merecida admiración ya compartan con nosotros el festín de la vida ó ya vivan la vida eterna rodeados de sus laureles y del respeto de todos. Y ya que hablamos de este período del renacimiento romántico, permitid á mi espíritu una legítima expansión: los nombres de los maestros á quienes nuestros pintores deben el progreso en que victoriosamente viven, merced á los buenos principios de ellos aprendidos, desarrollados más tarde al calor de su alma, presentes están en la memoria de todos, y algunos, presentes también en este acto solemne; no heriré su modestia citando esos nombres, de todos conocidos, como no heriré tampoco la de mi querido maestro, recordando, para honra suya, los de tantos artistas insignes, que ayer fueron sus discípulos y hoy son gloria del arte; pero como hay en la naturaleza humana sentimientos é impulsos, cuyo calor yo me complazco en sentir, aun estando ya en el dintel de la vejez, yo faltaría á los deberes que tales sentimientos me imponen, si no levantase mi voz agradecida desde este sitio y en estos momentos, para ofrecer á D. Federico de Madrazo, en nombre de toda una generación de pintores, el testimonio de consideración y de cariño de sus discípulos.

Ahora, señores, permitidme que, á la ligera haga algunas consideraciones sobre la Pintura española moderna, criticando también algunas de sus tendencias, que, apasionado admirador de su desarrollo y del espíritu que encarna, todavía quisiera yo verla volar por regiones más altas y más distantes de la impura tierra, que pasión no quita conocimiento, y á la manera, como el astrónomo, sin dejar de sentirse maravillado por el esplendor de la luz solar, estudia y analiza las manchas que tiene el sol, así yo indicaré lo que de incompleto encuentro en este fecundo renacimiento de nuestro Arte, por el afán que siento de verle brillar, regenerador y grande sin rival. Ciertamente es que los modernos tiempos, tan exuberantes de progreso material y tan atentos á mejorar las condiciones de la vida, ofrecen poco espacio en su actividad febril para pensar en los ideales sublimes, que fueron la vida espiritual de otros tiempos y de otras sociedades y de los cuales son testimonio elocuente el *Parthenon*, el *Foro romano* y las *Catedrales Góticas*; pero no es menos cierto que el artista, en su misión civilizadora, debe anticiparse y sobreponerse á las deficiencias de su tiempo; y rompiendo las ligaduras que le aferran á lo terrenal, debe predicar, con el asiduo trabajo de su obra, el culto de lo poético, de lo bello y de lo grande.

Yo no hablaré del Arte español en general pero diré, sí, que la producción de los pintores españoles suele carecer de la elevación que presta al trabajo artístico el concepto meditado y profundo y el sentimiento de lo ideal, encarnando idea y forma, principal encanto y fuerza de trascendencia de la obra de arte; y diré de nuestra moderna pintura, tomada en su conjunto, que busca con excesivo empeño los efectos de una plástica pteante y bulliciosa y la victoria del procedimiento, destinada tan sólo al halago de los sentidos; y es que nuestros pintores, por huir del amaneramiento del siglo que nos precedió y de la carencia de vida y de sentido humano de aquel cúmulo de insípidas producciones, que perseguían un ideal fingido fuera de todo sentimiento de la naturaleza, han tropezado con frecuencia en el escollo opuesto: y atentos sólo á dar á sus obras toda la realidad posible, han llegado á veces al fatal extremo de reducir el arte á la imitación grosera de la forma externa y á la reproducción mecánica y servil de los accidentes del modelo, sin aspirar á penetrar en su espíritu y en su esencia, para llegar á la expresión de su alma y de su vida interna, por los medios intuitivos que Dios puso en la mente del pintor, sin lo cual jamás llegará el artista á do-

minar al espectador, compenetrándole de la idea ó del sentimiento que presidió á la creación de su obra. Y después de estas breves indicaciones, expuestas con la llaneza de quien no pretende dogmatizar en materias tan hondas, ni por educación, ni por temperamento, consignaré también un hecho que quita al arte patrio algo de su unidad, de su fisonomía nacional y de su influencia en las costumbres, en la riqueza y en la cultura patrias; y este hecho, consecuencia de nuestro estado social, es el fraccionamiento y la emigración en que viven nuestros pintores, diseminados y divididos en grupos y en naciones diferentes, como si sobre ellos pesara la maldición del pueblo de Israel, condenado por la divina justicia á no tener nunca patria.

¿Obedecerá este hecho á leyes que permitan razonarlo?

En todo caso, de este fraccionamiento y de esta separación, nacen los caracteres diferentes y las encontradas tendencias que se observan en la pintura española, según que sus autores respiran las corrientes de la idea dominante en Roma, en París ó en Madrid, centros predilectos de nuestros pintores, notándose sin embargo, por fortuna, en todas sus obras, el sello del temperamento español, á través de la especial aspiración artística que caracteriza á cada uno de estos centros.

Dan su preferencia á París los que para el estudio y el trabajo buscan el bullicioso estímulo de aquella vida activa y elegante, centro de todos los refinamientos y de todas las facilidades; inspirándose en la fiebre de trabajo que los rodea, y que mantiene vivo su espíritu por el estímulo de los altos precios y de la grande estimación que allí alcanza la producción artística, solicitada y cortejada por amantes del arte, por negociantes de obras pictóricas y por ostentosos capitalistas; fuerzas cuyo conjunto forma una atmósfera que mantiene activa en ellos la pasión de producir y la pasión de ganar; y no digo yo con esto que falten allí centros de superior cultura y artistas convencidos que amen el arte y le cultiven con la pasión de un sacerdocio; no, que en los grandes maestros fanceses de este siglo, tan fecundos y tan grandes mantenedores de la dignidad del arte, y cuyas obras todos hemos admirado y estudiado, han aprendido también nuestros pintores los medios y el camino, templando y desarrollando en ellos las fuerzas con que hoy sostienen con tanta honra el pabellón español.

A Roma dan la preferencia los que buscan un centro de vida tranquilo y severo, donde reina la calma necesaria y propicia á la meditación, y en cuyo ambiente pueden condensarse con mayor intensidad y traducirse en hechos, las mil fantasías que llenan el alma del artista; los que aman el arte, por el arte, los que ven en la eterna ciudad un manantial perenne de inspiración y de poesía; y en sus ruinas, en sus templos y en sus monumentos todos, respiran los testimonios elocuentes de las grandes civilizaciones que esmaltan de recuerdos el suelo de Roma y de la Italia entera, patria de los artistas de todos los tiempos.

Y, por último, fijan sus reales en España, y con preferencia en Madrid, los pintores que, amando apasionadamente el arte, aman su patria aún más, y el calor de su familia, y el cielo azul, y el esplendor de su sol, lejos del cual sienten la fiebre de la ausencia, la negra nostalgia que les hace suspirar por esta patria adorada, que con todas sus convulsiones, con todas sus desgracias, con todo el atraso de sus costumbres, y con toda la falta de estímulos, y de recompensas, y de estimación en que el artista vive, es para ciertos temperamentos una necesidad ardiente, como lo es el aire á la vida, y satisfechos de vivir la vida nacional, en donde brillan á veces destellos de nobleza, rasgos de hidalguía y arranques imprevistos de ingenio, sacrifican gustosos los provechos seguros de otros países y aun sus aspiraciones artísticas, ante el halago infinito de reposar en el seno de la madre, olvidando en su amante regazo el vacío de nuestra atmósfera, tan ingrata para la vida del arte.

Y de este modo tenemos, señores, un arte

que partiendo de la unidad que le presta la educación común, realizada en nuestras escuelas y ante los maestros incomparables que llenan nuestro Museo y nuestros templos, y de la unidad de nuestra sangre latina tan apta para las artes de la imaginación, y de la coloración especial con que nuestro sol baña el ambiente y que el pintor español lleva siempre dentro de su retina; tenemos, señores, digo, en medio de esta unidad, que es como el bautismo de la patria, la variedad que imprime á la obra el centro en que se produce: y así vemos en los cuadros de los que en París residen, el acento de la elegancia y el sabor esencialmente moderno, con su tinte de banal amenidad y con sus arranques de febril inspiración; como tenemos el arte de Roma, acusando la seriedad y el reposo de aquel pueblo de tumbas y palacios, y la aspiración al gran arte y á los conceptos meditados y realizados sin apresuramiento.

En tanto que, los que aquí vivimos, producimos un arte ecléctico y vario en su tendencia y en su fisonomía, hijo del esfuerzo brioso individual—que esfuerzo y grande aliento es menester para conservar en el alma el entusiasmo artístico en este Madrid, donde ni monumentos, ni recuerdos de historia, despiertan el espíritu á ideas levantadas, que rompan la trivial atmósfera de vida callejera, de asfixiantes cafés y de entusiasmos taurinos, que son los rasgos salientes de este pueblo,—y así solemos ver á través de los encantos de la paleta castiza del arte nuestro, los desfallecimientos y el cansancio de la lucha que el pintor tiene que sostener, donde, careciendo de los medios y del ambiente necesarios, agota á veces su fuerza en la lucha de lo pequeño: y donde viviendo una vida depobres estímulos y mal distribuidos, por nuestro espíritu de amable compadrazgo, vive además bajo la presión de una crítica, la más de las veces injusta y apasionada, que así prodiga títulos pomposos al ignorante osado, como vibra sus acerados golpes al talento y á las orpas dignas de aplauso y de respeto.

Pero, señores, en medio de estos lunares y de estas varias maneras de ser, ¿qué cuadro tan consolador ofrece hoy en su conjunto esa brillante pléyade de pintores que aquí ó allá levantan tan alto el crédito de la patria, sosteniendo victoriosos el pabellón de la pintura en pueblos como aquellos, que no consideran el arte como un agradable pasatiempo, sino como una de las más nobles y más altas manifestaciones del ingenio humano y uno de los más poderosos motores de la civilización y la cultura! ¿Queréis, señores, ver comprobado este aserto mío? Pues haced conmigo un ligero paseo alrededor de nuestros pintores, que yo os aseguro que no os fatigaréis, porque con ello vais á quedar compensados de las molestias de escucharme.

Dignos sucesores de *Fortuny* y de *Rosales*, cuyos nombres, si despiertan en todo español noble, movimiento de orgullo, resuenan en mi alma con singular amor, por la sincera y antigua amistad que con ellos me unió en vida, tenemos entre nosotros sucesores, he dicho, que no continuadores, que estos ingenios tan altos y tan personales, no han dejado tras de sí familias de artistas, pero nos han legado algo más importante, algo de más trascendencia: el camino más amplio y más iluminado, y un noble ejemplo en su laboriosidad sin límites y en su profundo amor al arte que cultivaron con tal ardiente fé para gloria de sus nombres y para gloria de España.

Tenemos en París á *Domingo*, organización de pintor maravillosa, colorista original de fina intención, de potencia creadora inagotable, vario en el estilo, sobrio ó vibrante según cuadra á su caprichosa fantasía,—que lo mismo aborda, lo infinitamente pequeño y gracioso, que lo grande y magistral,—alma gemela del alma de *Fortuny* y gran maestro universalmente acatado. Gran maestro, también, y de raza feliz para las artes, es *Raimundo Madrazo*; reconocido como uno de los pintores de retrato más ilustres de nuestro tiempo y á quien pudiéramos llamar, por la distinción de su paleta,

el *van Dyck* de nuestros días; que no sólo reproduciendo en tipo aislado las elegancias exquisitas de la mujer moderna, sino en la composición sería é intencionada, produce constantemente cuadros de incomparable hermosura, por la magia de su espontánea paleta y por la admirable intuición de su aristocrática naturaleza. *Rico*, uno de los paisistas más considerados entre los grandes cultivadores de este hermoso arte, que en los actuales tiempos ha llegado á un progreso hasta hoy desconocido, y cuyo talento, después de pasar por diversas fases, se ha creado, finalmente, una manera de interpretación de la naturaleza y un estilo personal de irresistible atracción, pareciendo sus paisajes, bañados en trasparente luz, maravillosos esmaltes de rica pedrería. *Gisbert*, mi compañero inseparable al comenzar nuestra carrera artística, llena para él de ruidosos triunfos y de merecidos laureles, que, abandonando la pintura de historia, cultiva hoy un arte de amenidad en que sin esfuerzo produce esmerados y bellísimos cuadros. *Jiménez Aranda*, que con superior talento trata escenas de nuestras costumbres nacionales, llenas de gracia cómica á veces, y á veces llenas de intención política, y que nos ha revelado recientemente sus altas facultades creadoras, en sus incomparables ilustraciones de los poemas del insigne poeta Núñez de Arce. *Ribera*, que ya en la reproducción de las escenas de la vida parisien, ya en las imitaciones de los maestros flamencos, ó en sus bustos de mujer, saturados de encanto femenino, aparece siempre como uno de los pintores de mayor fineza y más justa observación del modelo. *Escosura*, pintor fecundo y arqueólogo incansable, á quien ha valido una reputación europea la fineza de accesorios con que enriquece sus cuadros. *Pellicer*, cuyo firme y acertado lápiz determina con rasgos claros su siempre intencionado concepto. Y entre otros artistas que en París residen, y cuyos nombres y cualidades no enumero por no prolongar demasiado estas indicaciones, citaré tan solo al gran dibujante *Vierge* (*Urrabieta*), eclipsado recientemente á la vida del arte, por desgraciado accidente y que deja un gran vacío en el vasto campo que cultivó su lápiz, en su corta vida de trabajo, tan rica en exuberante producción.

Y mientras en París todos estos claros y notables ingenios, siempre en la brecha, nos mandan de cuando en cuando, en alas de la fama, las noticias de sus triunfos, sostienen el palenque en Roma otros atletas de no menor valía. *Pradilla*, cuyo solo nombre es una apoteosis para vosotros, que tan recientes tenéis en la memoria los ecos de sus triunfos, en la patria y fuera de la patria; alma concentrada y templada al calor de una laboriosa juventud pensador y trabajador incansable ante el libro y el modelo, que si en su edad primera nos ha pasmado á todos con sus extraordinarias facultades, bien nos deja adivinar cuánto podemos esperar de su edad madura, con el dominio de los procedimientos técnicos á que ha llegado, puestos al servicio de su alta inteligencia y de su noble ambición. *Villegas*, uno de los contemporáneos del gran *Fortuny*, de quien aprendió el maravilloso mecanismo y la ejecución infinitamente hermosa, que,—asimiladas á su privilegiada organización de pintor, fantástica y soñadora, dotada de inextinguible sed de estudio,—nos han producido uno de los maestros más afamados de toda esta rica familia de pintores. *Palmaroli*, mi digno sucesor en la Academia del Janículo, que, con flexible y claro talento ha adaptado siempre los vuelos de su ingenio al movimiento de transformación del arte, manteniéndose en todos tiempos entre nuestros primeros pintores, por la seriedad de su educación primera y por la romántica y peculiar alma de artista de que está dotado. Allí está *Luna*, y allí se educó, respirando en el progreso de todos el aliento varonil con que su fantasía concibiera y su mano ejecutara, con rudo empuje, el *Spoliarium*; página que sólo puede engendrarse y realizarse bajo los pórticos del *Palatino* y entre las titánicas ruinas del *Colosseo*, pobladas aún de fantasmas del pasado. Allí está tam-

bién *Moreno Carbonero*, el mágico pintor de *San Francisco de Borja*, á cuya gloria bastaría el misterioso cadáver de *La Emperatriz*, de tan poética inspiración y aquellos accesorios que la rodean, ejecutados con la elegancia de *Tiépolo*. Allí están *Sennet* y *Barbulo*, revelados recientemente á la admiración de todos por sus hermosos cuadros *La vuelta de la pesca en Nápoles* y *La última escena de Amlet*. Y allí tenemos cultivando un arte de menos trascendencia, pero no menos hermoso ni menos digno de atención, ingenios como *Belliure*, *Luis Alvarez*, *Valles*, *Tusquét*, y tantos otros.

Pues ahora, completemos el cuadro con la colonia de Madrid, que no es menos numerosa que las otras, y que cuenta con pintores que no ceden el paso á todos (1). Tenemos en *Sala*, una de las paletas más castizas de la gente española; espíritu que vive de sus propias convicciones y de sus propias ideas; apasionado de los efectos y de la realidad, hasta parecer desdeñoso del ideal, buscando con tenaz perseverancia la verdad desnuda á la manera de los modernos realistas, cuyos principios absolutos no han arraigado jamás entre nosotros. Tenemos á *Muñoz Degrain*, á quien, por pintar entre nosotros,—aunque no resida en Madrid,—debemos un puesto de honor y cortesía en esta agrupación, *Muñoz Degrain*, el *Delacroix* español, colorista dramático, apasionado de los efectos pictóricos y de las grandes sensaciones realizadas con potente y febril inspiración. Tenemos á *Ferrant*, naturaleza bondadosa y dulce, que se engrandece con la paleta en la mano é imprime en sus obras la robustez briosa y pintoresca de su feliz organización artística, completada con el asiduo estudio del arte en sus varios procedimientos. *Dominguez*, trabajador ardiente y de múltiples facultades, que consagra actualmente su talento á la pintura mural y decorativa, en cuyo género está realizando obras de superior encanto en los ricos hoteles que, para honra de sus propietarios, empiezan á decorarse en España. *Plasencia*, pintor de fogosa intuición artística, de cuyas grandes facultades conservará memoria el templo de San Francisco el Grande, juntamente con las obras y los nombres de otros ilustres pintores. *Vera*, cuya última feliz transformación produjo grata y general sorpresa. Y tenemos á *Hernández Amores*, á *Martínez Cubells*, á *Jover*, á *Ramírez*, y tantos otros pintores de talento, cuya enumeración fuera prolija, y que cultivan el arte en variedad de tipos y de fases. Y finalmente—y para terminar esta reseña, que tal vez os parezca larga, por más que á mí me parezca corta, según los nombres y los méritos que van agolpándose en mi memoria,—tenemos una dignísima representación de la pintura en otros distintos géneros. *Haes*, á cuya iniciativa se debe la transformación del estudio del paisaje entre nosotros y la manera de ver sus efectos y sus formas el modo á la vez simpático y sincero; pintor fecundo, que, á más de multitud de obras, ha sabido formar numerosos discípulos, entre los cuales descuellan *Morera*, que, heredero de las facultades del maestro, mezcla además en sus cuadros algo de su personalidad juvenil y distinguida. Tenemos en *Yuste*, la revelación de un gran pintor de paisaje y de marinas: y en *Gomar* y en *Espina*, representantes de otras tendencias diferentes en el estudio de la naturaleza; como en *Gonzalvo* hallamos un pintor de interiores de relevante mérito y de legítima fama, consagrada por una vida abundante de trabajo: y en *Jessa*, un pintor de flores y de naturaleza muerta, de exquisito gusto y de tan bella ejecución, que no conozco en su género pintor que le supere.

Decidme, pues, señores: ¿No experimentáis un legítimo sentimiento de orgullo ante este floreciente estado de la pintura española, que cultiva todos los campos, desde el elevado y severo de la Historia—maestra de las multitudes,

(1) Algunos cambios de residencia de nuestros pintores, han alterado posteriormente en detalle, la agrupación en que aparecen en estos apuntes, escritos en Diciembre de 1884.

cuya educación completa y cuyo espíritu enaltece, por la representación de los grandes sucesos y de los grandes héroes del pasado,—hasta los cuadros de costumbres populares y los de la vida íntima, con sus ternuras y con sus cómicos encantos, y las escenas y los tipos de épocas y pue los diferentes, tratados siempre con la riqueza de gesto y colorido, y con el donaire y fantasía peculiar de nuestra escuela?—¿Y no os inspira simpatía y respeto esa larga y noble serie de talentos que dentro y fuera de la patria honran el nombre español, determinando una soberanía en medio de nuestro general enflaquecimiento?—Y tened en cuenta que en esta enumeración de méritos de y nombres, he comprendido tan sólo á la que pudiéramos llamar la joven generación; separando, de intento, los dos insignes pintores que fueron nuestro maestros, porque no me tachéis de apasionado en altas apreciaciones, que de ellos forzosamente hiciera.

Temo fatigaros, señores, y para terminar estos apuntes, permitidme tan solo que os recuerde, en breves frases, un hecho de gran influencia en el arte español contemporáneo.

Corrían para nuestra patria tiempos azarosos por el año 1873, y la gran voluntad y las altas dotes de gobierno del gran patricio que entonces nos gobernaba, en medio de las grandes preocupaciones y de las grandes responsabilidades que agobiaban su espíritu, atento principalmente á encadenar el vendaval de desdichas que pesaba sobre España, tuvo tiempo todavía y atención bastante para crear un Instituto artístico, que había de titularse *Academia de Bellas Artes de España en Roma*; y este Instituto que creara la Revolución por la mano de su más ilustre apóstol D. Emilio Castelar, fué luego consagrado y mantenido por D. Alfonso XII, el rey ilustrado y caballeresco que hoy se sienta en el trono; y halló, además en todas las situaciones que se fueron sucediendo y en la cultura de todos los ministros de Estado, sus jefes superiores, la protección necesaria á su existencia: tal es, señores, el privilegio de las instituciones útiles.

Llamado á dirigirla el inolvidable *Rosales*, elegido con singular acierto y arrancando á nuestra admiración en la hermosa edad de los triunfos, fué designado yo para llevar á cabo su organización, y si movido de mi cariño casi paternal y del interés con que lo miro,—habiéndola consagrado tantos años y tantos desvelos,—abuso de vuestra benevolencia, os pido que me perdonéis: seré breve.

La Academia de España en Roma se asienta sobre el *Janiculo*, con el histórico monte *Montorio*, dominando á Roma y sus llanuras en modo tal, que desde sus balcones podéis estudiar la historia del gran pueblo, escrita á vuestros piés en monumentos vivos, desde el *Vaticano* al *Túsculo* y desde el *Monte-Mario* á las paludas de *Ostia*. Sobre la alta colina, y rodeado de anchas rampas y pintorescos jardines, se levanta el espacioso edificio, mitad palacio y mitad castillo feudal, que contiene en sus muros cómodo alojamiento y cuanto es necesario á la vida y al estudio del director y de los pensionados: completando el conjunto de aquella construcción y hermoseándola, y como dándola sello de santidad, se levanta allí noble y sencillo el templete del *Bramante*, en el sitio mismo en que la tradición cristiana cuenta que fué crucificado el apóstol *San Pedro*, al lado del rico y severo templo de *San Pietro in Montorio*, fundado por la piedad de los Reyes Católicos. Y en este centro afortunado y en esta atmósfera solemne de recuerdos, cuya serenidad no turba el rumor de la ciudad vecina, es donde nuestros jóvenes artistas están llamados á templar su espíritu y á robustecer su talento, para continuar las tradiciones que en Roma ha dejado nuestra Academia, en su primer período, ilustrado por artistas cuyo recuerdo me envanece el pensar que tuve la fortuna inmerecida de ser su director, al mismo tiempo que su camarada de estudio; pues allí se formaron unos, y otros, maduros ya, ampliaron los horizontes de su saber: arquitectos como *Aguado*, *Amador* y *Alvarez*; pintores como *Pradilla*, *Ferrant* y *Pla-*

sencia; músicos como *Zubiaurre*, *Chapi* y *Brelón*, y escultores como *Bellver* y *Oms*: nombres que merecen inscribirse sobre aquellos muros para ejemplo de unos y para satisfacción de todos, que con tales artistas y con el himno de sus obras ha correspondido la Academia de Roma á los nobles propósitos que la crearon y la mantuvieron; siendo su misión en el porvenir clara y determinada, la de encauzar el arte separándole de las corrientes utilitarias y triviales adonde le arrastra el mal depurado gusto de muchos de los modernos Mecenas y del ignorante vulgo, y la de guiar al artista con sus tradiciones y con sus estímulos, y, por el ambiente moral en que vive, á las elevadas y puras regiones del arte, que para eso la ha colocado el destino á la sombra protectora de los gloriosos nombres de *Isabel* y *Fernando*, símbolo de espléndidos tiempos y de anhelos sublimes, para que los artistas tengan siempre grabados en la mente y en el alma y sirvan de inspiración á su fantasía, los levantados y santos ideales con que tan grandes reyes completaron la unidad de nuestra patria y la concentración de todas las fuerzas nacionales, llamadas á realizar una grandeza y una civilización esencialmente españolas.

Y ahora, señores, ante el espectáculo de estos hechos y de estos prestigios, decidme: ¿Si un día, sacudiendo su melena el león, se aprestara á restaurar sus pasadas grandeas, por un esfuerzo de su voluntad soberana, no imposible; si un día magnates y poderosos, y todas las nobles fuerzas de este pueblo varonil, en cuyo seno vibrana aún los ecos del pasado, cansa de esta existencia trivial, sin entusiasmos ni grandeas y cansado de este infecundo pugilato de la política menuda en que agota sus fuerzas sacudiendo sus miembros entumecidos se despertara á vivir la vida de las ideas del trabajo fecundos y regeneradores; comprendéis qué poderosa palanca encontraría en esta fuerza activa y en este talento de nuestros pintores, agrupados dentro de la patria?—Pues figuraos cómo esta agrupación de artistas, respirando nuestro ambiente, é inspirándose en nuestras costumbres y en nuestros ideales habría forzosamente de crear un arte genuinamente español, robusto y personal, que doblaría sus fuerzas de atracción al doblar su sello individual; y figuraos su influjo sobre las otras artes hermanas, de las cuales—á su vez—recibiría inspiración y calor; y figuraos sus maravillosos efectos en el progreso del trabajo y de la industria, y en las costumbres públicas, entre nosotros tan rudas y tan sedientas de adelanto.

Los amantes del arte y los negociantes extranjeros, que hoy absorben casi toda la producción de nuestros pintores, vendrían en peregrinación á Toledo ó á Sevilla, centros dignos de nuestra escuela nacional, á dejarnos, en cambio de nuestros cuadros, los cuantiosos recursos que hoy son el provecho de otras naciones; y con estos medios y con nuestra iniciativa, nosotros crearíamos y enriqueceríamos el complicado arsenal de elementos que facilitan y completan la obra del pintor, dando vida á otras industrias y á otras gérmenes de riquezas, entre nosotros ignorados y explotados por pueblos de más feliz estrella la cultura nacional se trasformaría, merced á la atmósfera de belleza y de idealidad que irradian espontáneas de todo centro poderoso de arte, por la educación del sentimiento, motor esencial de las ideas elevadas y de las grandes acciones; y, por fin, nuestros artistas coronarían la obra regeneradora, por todos iniciada, con el esplendor con que las artes doran la diadema triunfal de la civilización, resucitando para nuestra patria los gloriosos tiempos de la inmortal *Florencia de los Médicis*.—Hé dicho.

JOSÉ CASADO DEL ALISAL

SIGAMOS DEFENDIÉndonos

Gracias á Dios que hay quien se ha acordado de estos pobres seres llamados hombres á quienes ellas y ellos se complacen en tirar

por los suelos, llamándoles feos y... Poco á poco lenguas viperinas, que sobre eso de feos hay mucho que hablar, pero muchísimo.

En primer lugar, Dios hizo al hombre (no á la mujer), á su imagen y semejanza; y Dios, el Ser Supremo no puede de ninguna manera ser feo, pues consta que es la *ciencia de la belleza*.

Sexo bello: ¿de dónde nace esa belleza tan cacareada?

¿No eres parte de un todo que es el hombre y parte no integrante mejor dicho innecesaria?

El hombre fue creado de la nada, debe el ser á un soplo divino; la mujer la debe á un pedazo de cal, no es hechura directa de Dios: humilla, pues, tu altiva cerviz, y reconoce la superioridad del sexo al que me honro en pertenecer.

Hombres conozco yo, el noventa por ciento de mis amigos (sin incluirme en el número por modestia) cuyas facciones miran con envidia muchas beldades de polvos y color, ojos negros rasgados como los del hombre no los tienen la más linda mujer; esas narices griegas correctas, son patrimonio exclusivo de los hombres jamás podréis verlas en la mujer.

Las formas del hombre, no completamente redondeadas, y si algún tanto angulosas, son más bellas, más artísticas, más puras que aquellas curvas que tanto ensalzan los poetas, tal vez por galantería, acaso por encargo especial de una amiguita que deseando tener un novio aparente le ruegan haga unos vestidos en que pinten sus gracias, sus atractivos.

Hablaba V. señor Cantó de su patrona, aquella tan fea, no tiene V. necesidad mi querido compañero de remontarse á esas esferas caseras, vaya al Prado, al Retiro á Recoletos y allí en aquella exposición de tipos, podrá hallar una inmensa mayoría (en número) del sexo bello, lo cual está en razón inversa de la hermosura bajo aquellos sombreros de castor terciopelo ó paja, verá V. rostros blancos, labios grana, rosadas mejillas, pero unos y otros son blancos y rojos de perfumería, más ó menos hábilmente hechos según el precio: el hombre (salvo excepciones raras) muestra su rostro desprovisto de afeites, y ya que no otra hermosura, presenta en él la de la verdad, que es la hermosura más bella.

Perdonar queridos lectores, perdonar repito: nos atacan, nos llaman feos, y es justo, justísimo que nos defendamos; pero si á pesar de todo lo dicho, yo os aseguro que soy incapaz de faltáros, y que por cualquiera de vosotros aún por la más horrorosa soy capaz de romperme el alma, con el más guapo de todos los hombres.

Y á V., señor Cantó, le encarezco no ataque al sexo bello por defender al menos bello.

Pues desea un sofocón,
y teniendo el genio vivo
le mandaré á V. un testigo
pidiéndole explicación.

MIGUEL MARTÍNEZ Y FRANCO.

ORGANIZACION DEFENSIVA

DE LAS FRONTERAS

La cuestión de la utilidad ó ineficacia de las fortificaciones para la defensa de los Estados ha sido desde hace largo tiempo debatida. Autores respetables se han pronunciado en pró ó en contra de las plazas fuertes, aduciendo en apoyo de sus doctrinas argumentos más ó menos fundados y dignos de tenerse en cuenta.

Algunos, también, extremando su oposición á las fortalezas pero sacando la cuestión de su verdadero terreno, han venido á concluir que la defensa de una frontera desprovista de plazas, pero encargada á un ejército numeroso y bien organizado, conduce siempre á mejores resultados que aquella en que la frontera se halla abundantemente provista de plazas fuertes, pero sin ejército que oponer en campo abierto á las fuerzas invasoras.

Claro está que la conclusión es exacta é incontrovertible, pero también lo es que no se

toca así el verdadero punto de discusión. Lo que se necesita probar desde el punto de vista de los adversarios de las plazas de guerra es que dada la fuerza total disponible en un Estado para la defensa de sus fronteras, ésta podría prolongarse más tiempo y rechazar más fácilmente la invasión aplicando íntegramente el ejército á maniobrar en campo abierto, que en el caso de debilitar el ejército activo disminuyéndole en la proporción necesaria para dotar convenientemente de guarniciones las plazas fuertes enclavadas en el territorio que dicho ejército tuviese encargo de defender.

No cabe duda que la defensa de los Estados basada principalmente en una red numerosa de fortalezas, cuyas guarniciones para su buena defensa exigiese la disminución de los ejércitos activos debilitando ó inutilizando su acción, pudiera ser funesta. En nuestro sentir y de acuerdo con opiniones autorizadas, la principal defensa de las naciones consiste en la bravura, buena organización, y acertada dirección de sus ejércitos; las plazas de guerra, si pueden entorpecer y dificultar la marcha adelante de un ejército invasor, si pueden prestar auxilio y concurso eficaz á los ejércitos activos, caen por fin y vienen á ser completamente ineficaces, cuando las operaciones en campo abierto se declaran definitivamente favorables al ejército invasor.

Las plazas de guerra exigen para su construcción, entretenimiento y conservación, cuantiosas sumas, siendo por tanto una carga onerosísima para el Estado; y esta objeción de carácter puramente económico, es la que á nuestro juicio puede tener mayor peso y fundamento. Las sumas invertidas en las plazas de guerra, pudieran tal vez aplicarse con más utilidad al aumento y mejora de la organización de las fuerzas activas; el considerable y costoso material que se emplea en su artillado, quizás en el momento del peligro fuera más útil á la defensa del país empleando su importe en material móvil de artillería de campaña.

I

Es sabido que las plazas de guerra admitida á priori su eficacia y utilidad, responden á dos objetos principales: coadyuvando á la marcha progresiva de los ejércitos ofensivos, y sirviendo de sostén, apoyo y refugio para los ejércitos defensivos.

Por lo que se refiere al primero de ambos papeles, es decir, el que corresponde á las plazas fronteras como depósitos de material, víveres y municiones, de donde se proveen y abastecen los ejércitos en su marcha ofensiva, los adelantos científicos cuya consecuencia son la facilidad y rapidez en los medios de transporte, es preciso convenir en que han disminuido notablemente la importancia y utilidad que tuvieron en otro tiempo. Los ferrocarriles, facilitando el rápido transporte de tropas y toda clase de material de guerra, permiten á los ejércitos en campaña sacar todo lo necesario del interior del país, sin necesidad de almacenes, ni depósitos en fortalezas situadas en la frontera.

No puede desconocerse que cuando un ejército opera más allá de sus fronteras, tiene que establecer, para estar á toda hora provisto de cuanto necesita, y retirar al interior de su país todo cuanto pueda embarazar sus movimientos, un movimiento casi continuo de trenes en direcciones contrarias; los unos conduciendo hombres, caballos, material, municiones, etc., para el ejército; y los otros transportando del teatro de la guerra al interior los enfermos, heridos, prisioneros, material conquistado al enemigo, etc., etc. Tal cúmulo de servicios pudiera dar lugar en algunos casos á entorpecimientos y dificultades de que viniera á resentirse la marcha general de las operaciones, especialmente cuando los movimientos hubieran de verificarse por ferrocarriles de una sola vía; pudiendo añadirse también lo costoso que son los transportes por ferrocarril y á largas distancias tan numerosos y considerables como lo necesita para llenar cumplidamente sus servicios un ejército en campaña.

Pero, por una parte, los inconvenientes que

surgen de la insuficiencia de los medios de transporte relativamente á las necesidades del ejército, pueden atenuarse considerablemente por una inteligente, activa y acertada dirección en la expedición y marcha de los convoyes, y por otra, los crecidos gastos que originan los transportes por ferrocarril no pueden, á nuestro juicio, ni aproximarse siquiera de muy lejos á los que lleva consigo el establecimiento de depósitos permanentes en las fronteras por medio de plazas de guerra; sin contar con los dispendios ocasionados por los transportes del interior se hacen cuando las necesidades lo exigen y en la medida que aquellas reclaman.

La opinión de un oficial del ejército belga, afirmando que las plazas fronteras ó fortalezas ofensivas son hoy *más perjudiciales que útiles*, nos parece algún tanto atrevida; mucho más si se tiene en cuenta la opinión de autoridades de tanto peso en materias de guerra como Federico, Napoleón, el Archiduque Carlos, y otros, que se muestran partidarios y protectores de las fortificaciones en la frontera. Pero además de que tan respetables opiniones fueron emitidas en tiempos que no guardan analogía con los actuales, y que tal vez fuesen modificadas si se emitiesen en la actualidad, no creemos que pueda racionalmente plantearse la cuestión poniendo en tela de juicio la utilidad y servicios de las plazas de guerra.

Lo que debe examinarse con detenimiento es, si, dados los poderosos y rápidos medios de transporte que los adelantos ponen á disposición de los ejércitos en campaña, las plazas fronteras ú ofensivas á que venimos haciendo referencia, son indispensables como auxiliares de los ejércitos activos; y además si su concurso, admitido como eficaz, corresponde á los inmensos gastos que origina su construcción, artillado, etc.

A nuestro modo de ver, las plazas de guerra, desde el punto de vista que examinamos, no responden á una necesidad, ni dejan tampoco de ofrecer inconvenientes, entre otros, el de dar la voz de alerta al enemigo, descubriendo al efectuarse los movimientos necesarios para su aprovisionamiento antes de la entrada en campaña, el punto de partida de las operaciones, y países que van á ser objeto de la invasión. Con este conocimiento anticipado, el enemigo, no sólo adelanta mucho para tomar las medidas necesarias y oponerse á la invasión sino, que puede llegar, procediendo con vigor y rapidez, á entorpecer y dificultar, por medio de una irrupción brusca, la concentración en depósitos de todo cuanto á ellos está destinado y hasta desbaratar la reunión y concentración de las tropas, sin que en esta correría pudiera verse expuesto á graves peligros, toda vez que, debiendo converger los movimientos de material y tropas á que trata de oponerse en plazas situadas en la frontera, no necesita alejarse de su punto de partida, ni correr los riesgos de una incursión á largas distancias en que pudiera encontrar su ruina.

En algunos casos, las plazas de guerra suelen ser causa y origen de peligros y reveses para los ejércitos activos. Buscando en ellas su apoyo, hemos visto generales en las campañas modernas, encerrarse dentro de las fortalezas, y posibilitando los movimientos al ejército de su mando, y como ratón cogido en la ratonera, terminar por una capitulación necesaria y fatal, privando así de fuerzas imponentes á la patria que les había confiado su mando. Testigos elocuentes de nuestro aserto, han sido recientemente entre otros *Metz* y *Sedán*.

Puede salirse al encuentro de este argumento contra las plazas fuertes, haciendo observar que no puede recaer sobre éstas las consecuencias fatales cuya responsabilidad corresponde exclusivamente á los generales que las han cometido. Pero si estas faltas son hijas de un equivocado concepto acerca de su valor defensivo, y esa opinión es general, y constituye un sistema admitido por los hombres de guerra, y la experiencia acredita y demuestra en muchos casos lo contrario, no puede tampoco hacerse cargo á los jefes por haber admitido y practicado los principios hasta entonces

reconocidos como buenos; lo que importa es esclarecer la verdad, y reconocer el error, aunque sea consagrado por la práctica de muchos años, abandonarle y seguir el camino que aconseje el exámen razonado de los hechos, aun á trueque de chocar con antiguas preocupaciones.

Resulta, pues, que las plazas de guerra llamadas *ofensivas*, merced á los adelantos modernos, que facilitan á los ejércitos que operan más allá de sus fronteras, rápidos y poderosos medios de transporte, pierden considerablemente de la importancia que en otros tiempos se les hubiera concedido como auxiliares de las operaciones de aquellos. Que ofrecen además los inconvenientes señalados en los párrafos anteriores. Y por consiguiente que, teniendo en cuenta su valor para el mejor resultado de las operaciones de los ejércitos activos en elación de los grandes sacrificios que su establecimiento origina á los Estados, podemos concluir, que deben, si no proscribirse de una manera absoluta y radical, como algunos pretenden, por lo menos limitar considerablemente su número, reduciéndolo á proporciones mucho menores de las que en otro tiempo se han admitido y preconizado.

II.

Si examinamos ahora las plazas de guerra desde el punto de vista de su valor y utilidad para la defensa del territorio, no podemos menos de admitir su concurso como eficaz y de grande utilidad para el mejor resultado de la defensa. Los argumentos antes aludidos no encuentran ya aplicación en el caso activo, y sólo quedan en pie dos, á saber: el que se refiere á la funesta influencia que en las operaciones de los ejércitos activos pueden ejercer si se exagera su valor defensivo, y el que se relaciona con la cuestión puramente económica.

Debe suponerse que el ejército que se limita al papel pasivo (si así puede decirse) de la defensa de su territorio, ha de ser siempre más débil ó inferior que el ejército contrario, que realiza la agresión; entendiéndose la inferioridad en su acepción más amplia, y comprendiendo todas las causas que la determinan.

Sería temeridad insigne con un ejército más débil que el que el enemigo puede oponer, tomar la ofensiva yendo á su encuentro en su propio país, privándose de las ventajas que proporciona el operar en un país amigo, donde todo se tiene más próximo y oportunamente, donde ha de encontrar mayores facilidades para disponer de cuanto necesite, y en donde el concurso y la voluntad de los habitantes pueden servir de poderoso auxiliar; ventajas todas cuya influencia solamente puede neutralizar la superioridad del enemigo.

Ahora bien, los elementos de que un Estado dispone al emprender una campaña defensiva, se distribuyen destinando una parte á las operaciones activas ó en campo abierto, y otra para el servicio y defensa de sus plazas de guerra. El contingente en hombres y material necesario para dotar convenientemente las fortalezas disminuye en proporción no pequeña los medios de guerra que se han de utilizar en campo raso; y ocurre ahora preguntar: si los elementos que se emplean para la dotación y defensa de las fortalezas sumados á los que se destinan á operaciones activas, diesen por resultado el restablecimiento del equilibrio con las fuerzas contrarias, ó tal vez la superioridad sobre el enemigo, ¿no sería más conveniente prescindir de las plazas para la defensa del país y el resultado de la guerra?

Reconocemos que la contestación es delicada, pues la afirmativa envolvería como consecuencia necesaria la proscripción absoluta de las plazas de guerra, y la negativa, nos llevaría á transigir con antiguos procedimientos, y á aceptar como buenos, principios dudosos ó controvertibles por lo menos.

Reconocemos también nuestra incompetencia y falta de autoridad para pronunciar un fallo radical en materia tan espinosa, pero lo que sí puede afirmarse teniendo en cuenta lo anteriormente expuesto es, que debe moderar-

se y restringirse el empleo de las plazas de guerra relativamente á lo que hasta aquí ha sido costumbre; y esto en lo que se refiere á su aplicación defensiva, que en cuento hace relación á la otra misión, ya señalada de las plazas de guerra, optaríamos por reforma más radical.

Hay, sin embargo, una especie de plazas fuertes á las que reconocemos un valor é importancia innegables, y son las *grandes plazas con campo atrincherado*.

Esta opinión se funda en una verdad que no admite discusión; que el éxito favorable ó adverso de una campaña depende exclusivamente de las victorias ó reveses que consigan los ejércitos beligerantes en campo abierto. La destrucción de las fuerzas activas lleva consigo la pérdida irremisible de la campaña, por más que se conserve intacta la red de fortalezas establecida en el teatro de la guerra.

Pero como las plazas con campo atrincherado forman una posición militar en que la naturaleza y el arte se combinan para su mejor defensa, constituyendo realmente un campo de batalla permanente en donde puede tener lugar la acción decisiva que resuelva por sí sola la cuestión que se ventila, ofreciendo al ejército que la ocupa ventajas inapreciables cuya posesión puede determinar el resultado de la batalla, de aquí que su papel en la guerra puede considerarse más bien como un elemento activo y factor importante en una batalla, que como un obstáculo cuya resistencia pasiva se oponga por algún tiempo á la marcha, y entorpezca las operaciones del enemigo, que es á lo que sustancialmente se limita el papel de las demás fortalezas.

Por estas razones, sin duda, algunos autores modernos, entre ellos el oficial belga, antes citado, *teniente coronel Vandeveldt*, propone como sistema para la organización defensiva de un Estado, el establecimiento de una gran plaza con campo atrincherado por cada frontera atacable, que viene á ser el centro ó eje de operaciones del ejército encargado de su defensa, y en su caso, conforme á lo dicho anteriormente, al campo de batalla en donde se libre la acción decisiva; y como reducto interior ó central de defensa, otro gran campo atrincherado establecido en la capital ó el punto en que por sus condiciones estratégicas, tácticas, estadísticas, políticas, etc., se considere más adecuado al objeto y que vendría á ser el núcleo en donde se replegasen los ejércitos que, arrollados por el enemigo, no pudiesen sostenerse en las zonas encomendadas á su defensa, donde vinieran á reunirse las fuerzas últimamente organizadas y que todavía no hubiesen entrado en campaña, todos los elementos en fin, para recorrer la última etapa de la defensa y librar la batalla final y decisiva.

En algunos Estados, en Francia, por ejemplo, en donde París forma el corazón ó centro vital de la nación, y cuya caída, como la historia nos enseña, aniquila é imposibilita la continuación de la defensa, este reducto interior debe establecerse en la capital.

En otros, como sucede en nuestra España; en que la capital no tiene influencia decisiva é igualmente lo acreditan nuestras últimas guerras, el reducto interior puede establecerse ó situarse en el punto donde, aparte de las razones políticas, aconsejen todas las demás. En consideración á las razones expuestas, debemos consignar nuestra conformidad con el sistema que antecede, que reduce el número de fortalezas destinadas á la defensa de un Estado al número menor posible, atenuando ó haciendo desaparecer los inconvenientes señalados en los sistemas antiguos, basados en el establecimiento de numerosas fortalezas.

Pero como las *grandes plazas con campo atrincherado*, que, como dejamos dicho, han de servir de centro ó eje de operaciones al ejército encargado de la defensa de la zona en que se hallan situadas, necesitan establecerse en el interior, á distancia de la línea que forma la frontera, y por otra parte, la ocupación fortificada de algunos puntos próximos al límite de aquella, pudiera ser obstáculo importante para detener la marcha invasora del enemigo, cree-

mos conveniente el establecimiento en primera línea de algunas obras de fortificación, si bien reducidas á casos muy especiales y en corto número.

En confirmación de la utilidad que en ciertos casos la ocupación de un punto bien escogido puede prestar, justificando así la ampliación que á nuestro juicio debe acordarse al sistema anteriormente descrito, deberemos recordar que, á tener más desarrollo el fuerte de *Bard*, el ejército de reserva organizado por Bonaparte en 1800 no hubiera podido llevar á cabo la bella maniobra de que tan brillantes resultados obtuvo; y otro tanto hubiera sucedido estando fortificado el puerto del Gran San Bernardo.

Admitida la conveniencia de la ocupación de algunos puntos, aunque limitada á caso de verdadera importancia, como los mencionados arriba, indicaremos á continuación los que pueden prestar útiles servicios á vanguardia de las grandes plazas de que queda hecho mérito.

III

De conformidad con los razonamientos precedentes, pueden fortificarse los puntos siguientes: Los *nudos de carreteras y ferrocarriles*, que tienen verdadera importancia estratégica, los *puntos de paso más importantes de los ríos, los puertos atravesados por caminos carreteros, los diques y carreteras importantes que atraviesan grandes pantanos ó terrenos inundados*, siempre que razones de importancia no se opongan á su destrucción.

Como las plazas que se establezcan en estos sitios no deben tener más objeto que disputar enérgicamente al enemigo el terreno que ellas ocupen, sin extender su acción á distancia, su desarrollo y guarnición deberán limitarse á lo estrictamente necesario para su eficaz defensa. Ya hemos dicho, y repetiremos aquí, que las plazas de guerra, disminuyendo el efectivo de las fuerzas activas, perjudican su acción, y por lo tanto, deberá siempre procurarse atenuar en lo posible este inconveniente.

Además, la dotación con fuertes guarniciones de estos fortificados, que con la reunión de dos ó tres de las inmediatas, pudiera constituirse un ejército móvil que operase sobre la retaguardia y comunicaciones del enemigo, no llenaría cumplidamente este objeto, pues bastaría al ejército invasor dejar á retaguardia, ocupando una posición intermedia, un destacamento que impidiese la reunión de las guarniciones, batiéndolas parcialmente.

Siendo numerosas las carreteras y vías férreas en los países ricos y poblados, si hubieran de ocuparse todas, resultaría un número exorbitante de plazas de guerra. Por consiguiente, deberá limitarse el establecimiento de fortalezas para oponerse al paso del enemigo, á aquellas vías de comunicación que tienen verdadera importancia estratégica, es decir, que conducen directamente á puntos de tal importancia que el resultado de su posesión puede ser decisivo, y que constituyen por lo mismo la línea de operaciones indicada para el enemigo.

Las plazas establecidas en las puntas principales de paso de los cursos de agua, especialmente si son caudalosos, y forman por lo tanto un obstáculo difícil siempre y á veces imposible de salvar, tienen la importancia que se deduce naturalmente de estas razones, la cual aumenta si el curso de agua en cuestión es navegable, porque permite al que lo ocupa una gran facilidad para los trasportes.

Al tratar de la fortificación de los puntos de paso de las cadenas de montañas, es preciso también huir del número exagerado de fortalezas. Los pasos de una cordillera de montañas suelen ser numerosos, y sería una extravagancia pretender cerrarlos todos. Sólo se ocuparán, pues, los que atraviesan caminos carreteros que permitan al enemigo el paso de sus trenes y transporte de material.

Creemos haber señalado y probado los inconvenientes que lleva consigo el abuso de las plazas de guerra según se practicaba en otro tiempo. Creemos también haber demostrado

ser inútiles ó por lo menos innecesarias las plazas ofensivas establecidas para auxiliar los ejércitos invasores. Creemos igualmente haber patentizado que las únicas fortalezas llamadas hoy á desempeñar importante papel en la guerra, son las *grandes plazas con campo atrincherado*, y basados en esto hemos consignado nuestra conformidad con el sistema propuesto por el teniente coronel Vandeveldt para la defensa de los Estados. Y finalmente, hemos concretado los únicos casos en que fuera del sistema antedicho, puede emplearse con éxito satisfactorio la fortificación permanente.

Nuestro objeto al poner de manifiesto los inconvenientes que lleva consigo el empleo conforme á los antiguos principios de las plazas de guerra, ha sido combatir en la escasa medida de nuestras fuerzas un sistema que, además de los inconvenientes señalados desde el punto de vista del resultado de las operaciones en la guerra, presenta el no menos grave de exigir para su práctica cuantiosas sumas, que en tiempos tranquilos pueden y deben emplearse en el fomento de la riqueza y prosperidad nacional, que son, sin duda, en los tiempos revueltos y de peligro más eficaces auxiliares que la defensa é integridad de la patria, que las moles de piedra con que procuraban y presumían guarecerse nuestros antepasados.

JUAN A. IZQUIERDO.

ESCUELAS DE ECONOMÍA DOMÉSTICA

El movimiento favorable á la educación de las mujeres, propio de nuestro tiempo, ha producido, al par que las escuelas secundarias y profesionales, otras que en la actualidad comienzan á tener boga, destinadas á preparar mujeres de su casa, y que responden á la idea de que, no solamente cabe abrirles nuevos horizontes y poner á su alcance ocupaciones distintas de las que hasta ahora tienen, sino que es posible también elevar su condición y mejorar su suerte, preparándolas convenientemente para el gobierno del hogar y los quehaceres domésticos.

Ejemplo de estas instituciones son la Escuela nacional de cocina de Londres y las de arte doméstico de Alemania. La consideración de que la clase del alimento ejerce gran influjo en la salud y bienestar, y á la larga en el porvenir de la raza y en el destino de los pueblos—reconocido como está que un pueblo piensa y vive según come, pudiéndose distinguir caracteres fisiológicos y morales explicables por las diferentes clases de alimentos ó bebidas habituales,—ha excitado gran interés por la instrucción culinaria de las mujeres.

No ha mucho tiempo que Virchow demostraba en una revista alemana la correlación que existe entre la condición de las mujeres y la cocina de los distintos pueblos; que la educación de la mujer se refleja en la manera como prepara los alimentos, y que á medida que ella se perfecciona se mejorará la cocina y el sistema de alimentación, imagen fiel siempre de lo que es una sociedad.

Esta necesidad de prestar atención al modo de preparar los alimentos ha producido en Inglaterra toda una literatura culinaria, y, sobre todo, la citada Escuela nacional de cocina, á la cual asisten mujeres de las familias más distinguidas. A los dos años de su fundación contaba con 29 sucursales, 1.734 alumnas, y, sobre todo, con el apoyo de la opinión pública, que estima profundamente la obra de verdadera trascendencia que realiza.

La enseñanza se divide en cuatro cursos de dos horas por semana: 1.º, clase de limpieza; 2.º, clase de cocina para las familias que gasten de 25 á 125 pesetas á la semana en comer; 3.º, clase de cocina para las familias de obreros que gasten de 9 pesetas á 25; 4.º, curso práctico para las personas que se dediquen al profesorado.—Estos cursos son esencialmente prácticos. Las alumnas lo hacen todo por sí mismas. Hay oyentes que sólo toman notas: como tales, entran generalmente las mujeres de alta aristocracia, si bien algunas también guisan.

Si interesa saber disponer un banquete, no interesa menos que las mujeres de los obreros tengan recursos para preparar á poca costa una comida sana, variada y agradable. A una y otra necesidad atiende la Escuela nacional.

En Wurtemberg, las escuelas de arte doméstico se han desarrollado bajo el punto de vista agrícola, tendiendo á preparar mujeres capaces de dirigir la casa de los cultivadores, que se arruinan allí frecuentemente por falta de buen arreglo, de exactitud y de orden en su hogar. El programa comprende: 1.º, trabajos de la casa, cocina, lavado, plancha, jardinería, cría de aves, conservación de alimentos, arreglo y conservación de las ropas; 2.º, trabajos de aguja, como el punto de media, remiendos, zurcido, corte de ropa blanca y de los vestidos, con el conocimiento de telas y la confección, hasta hacer en el establecimiento una parte del equipo de la alumna; 3.º, los ramos complementarios de la instrucción, aritmética, principalmente el cálculo mental, la caligrafía, la ortografía, la correspondencia de negocios, el estilo epistolar en general, la contabilidad doméstica, la higiene, la asistencia de los enfermos y el canto.

La instrucción es, ante todo, práctica: las jóvenes forman una familia con las señoras que enseñan. Divididas en secciones, se ocupan alternativamente, á horas determinadas, de la cocina, de las aves de corral, del lavado, del aseo de las habitaciones y de la jardinería. Todo tienen que hacerlo por sí mismas, después de haber recibido las lecciones de la Directora, que lleva el nombre de madre de familia. Los trabajos agrícolas groseros y de larga duración están exclusivamente reservados á los dependientes del establecimiento. Para dar á la práctica una extensión conveniente, la escuela se encarga del planchado de la ropa de las familias de las alumnas. Las necesidades de una casa modesta rural ó de ciudad, donde reinen el orden, la limpieza y la exactitud, sirven de base á todas las ocupaciones, y principalmente á la elección de alimentos.

El establecimiento está montado como una gran casa, cuyos miembros se reemplazan alternativamente para los diferentes trabajos. El curso dura cinco ó seis meses solamente, con el fin de no tener á las alumnas demasiado tiempo alejadas de sus casas. Hay dos por año: el de verano, de Mayo á Octubre; y el de invierno, de Noviembre á Abril. A petición propia, la alumna puede repetir el curso. El de verano es seguido por 15 ó 20 alumnas, por término medio, y el de invierno por 20 ó 25.

La edad de las alumnas varía de diez y siete á veinticinco años; para ingresar deben haber cumplido los quince cuando menos. A fin de año tiene lugar el examen, acompañado de una exposición de objetos confeccionados por las alumnas. Se invita á este examen á mujeres que se hayan distinguido en el cuidado de la casa. Después del ejercicio de salida se entrega á cada alumna un certificado.

Las jóvenes están alojadas en la escuela, pagando una pensión que varía de un franco á 1,25 diario por el alimento y la habitación, y 32,50 como matrícula.

El profesorado se compone de la madre de familia, que dirige el establecimiento, y que está al mismo tiempo encargada del curso de arte de la casa, y una maestra que enseña los trabajos manuales. Hay, además, profesores externos.

Los gastos exigidos por la práctica ascienden anualmente á 2 800 marcos próximamente, y los de administración se aproximan á 1.700. Unos y otros se cubren, en su mayor parte, con las retribuciones escolares.

Establecimientos de la misma clase funcionan en Stubersheim, Erbach, Schrotzberg y Herremberg; todos con tan buen resultado, que se trata en la actualidad de crear otros. Las muchachas que frecuentan estas escuelas, si no llegan á la perfección y no adquieren de una manera completa todos los conocimientos que les son necesarios para que puedan diri-

gir una casa, por lo menos se enteran de las principales atenciones de ella.

Las personas competentes las declaran útiles para iniciar á las alumnas en los conocimientos necesarios para tener una casa modesta, y para darles una instrucción que responda á las necesidades intelectuales de las muchachas del campo.

En ciertas escuelas, como la de Berlín, se atiende muy singularmente al aprendizaje para el cuidado de la infancia. Van las alumnas medio día á las escuelas de párvulos á asistir como niñeras, y en el segundo período que pasan en la escuela, amplían su experiencia práctica saliendo á servir en las casas particulares, donde cuidan á los niños y los llevan á los jardines de la infancia.

No ya sólo en las escuelas especialmente dedicadas á esto, sino en las Normales y en las de internas á la moderna, se procura preparar á las alumnas para el cuidado de la casa, llevando su atención á los menesteres domésticos. Sirva de ejemplo la Escuela Normal superior de Institutrices de Fontenaa-aux-Roses (Francia), en la cual, las maestras alumnas toman parte en el cuidado del establecimiento, en la marcha económica, en las adquisiciones y en los gastos. Dirigen é inspeccionan por turno la limpieza y los trabajos todos de los dependientes, siendo responsables de las cosas mal hechas.

Asisten á la cocina, á la despensa, reconocen los alimentos, intervienen en las entregas de los contratistas, examinan sus facturas, llevan la contabilidad y se preparan así tanto para gobernar con esmero una casa como para dirigir convenientemente una escuela.

Sólo en estas condiciones, haciendo las cosas, no aprendiéndolas por meras teorías y recetas, será eficaz y provechosa la enseñanza de la economía doméstica.

En los números posteriores nos ocuparemos más detenidamente de la grande utilidad que sería la creación en España de estos Institutos de enseñanza que desarrollarían en la mujer de la clase obrera los hábitos de honradez, laboriosidad y cariño.

D. R. TORRES CAMPOS.

REVISTA DE MADRID

Ya comienzan los árboles á desnudarse de su espléndido ropaje, disponiéndose á dormir el sueño del invierno.

Para el hombre observador, la caída de las hojas ofrece ancho campo á la reflexión y á la meditación.

Mas para el indiferente es un efecto natural, más ó menos poético, que trueca la lozanía del paisaje en monótona exposición de esqueletos de árboles y plantas, y con el cual se indica que se acercan los chaparrones de Noviembre.

Las amarillas hojas desprendidas de los árboles forman remolinos que de pronto, un soplo de viento, refrescado en las primeras nieves de la sierra, esparce y disemina salpicando la endurecida tierra, que apenas adorna ya un místico jaramago ó un mechoncillo de yerba seca y ennegrecida.

El mes de Noviembre es la época de la decadencia de la Naturaleza.

Tras de la exuberante belleza y lozanía del estío, vienen las arrugas y vejez del invierno.

El invierno es siempre triste en los pueblos; pero en Madrid no es sólo triste, sino temible.

Entre las brumas de sus días sin sol, se ocultan dos espectros espantosos: la pulmonía y la miseria.

Cuando las hojas caen, huyen las aves á climas extranjeros; las damas envuelven sus formas en pieles, trasformándose en seres dúplices, que tanto tienen de nutria, de armiño y de zorra, como de hermosas hijas de Eva, y los tísicos se van con las góndrinas, rubricando las cuentas galanas de primavera con un esputo de sangre.

¡Qué cuadros tan angustiosos comienza á ofrecer la Naturaleza!

Noches largas y frías, que aterran al caminante; días constantemente nublados, que filtran su tristeza en todo nuestro ser; á veces brilla un sol libre de celajes, como brilla una esperanza en un alma atribulada; pero bien pronto de los ríos y pantanos se desprenden espesas brumas, los vientos impetuosos las remontan y aglomeran en grupos de preñadas nubes para precipitarse luego deshechas en lluvias torrenciales y copiosos aguaceros que sacan de madre á los ríos, inundan los campos y encrespan las olas de los mares. Pero como nada hay inútil ni superfluo en la Naturaleza, esos chubascos que tanto enojan á vista y tanto imponen á las clases indigentes, traen á la tierra riquísimos materiales de sustancias solubles y de fluido eléctrico que han de ser provechosísimos en la germinación y nutrición de los vegetales que al cabo de los días constituirán los elementos de nuestra propia nutrición.

Cada una de esas infinitas gotas de agua que constituyen la lluvia, encierran en su trasparente seno los agentes que han de proveer á la subsistencia acaso de toda una generación.

Cae una de esas líquidas perlas sobre un terreno sembrado, y al traspasar sus primeras capas, va disolviendo los principios minerales que atesoran para conducirlos á la primera diminuta semilla que á su paso encuentra; las tenues y recientes semillas de ésta absorben aquellas disueltas sustancias, asimilándolas á su organismo á virtud de esas fuerzas y esas leyes misteriosas que producen y que rigen la vida de todos los seres, la semilla se desarrolla y envía á la superficie de la tierra arrogantes tallos, cada uno de los cuales, al cabo de los días, se coronará de rubias espigas que contendrán multitud de semillas iguales á la única que las produjo, y lo mismo que ésta se multiplicarán indefinidamente, perpetuando asombrosamente su especie, y brindándonos copiosísimas cosechas que provean á nuestra nutrición.

Sublime ejemplo que nos muestra con cuánta sabiduría procedió el pródigo autor de la Naturaleza al disponer que de una manera tan sencilla y admirable se renueve y reproduzca perfectamente sobre la tierra todo lo que constituye la alegría de nuestros campos, el alimento de nuestro ser, el móvil de nuestro comercio y nuestra industria, el sostén, en una palabra, de la inmensa sociedad humana.

El teatro de Apolo abrió sus puertas, al parecer, bajo buenos auspicios.

El excelente autor dramático Ceferino Palencia formó una compañía, compuesta de autores muy estimables, y en la que figura en primer término su esposa, María Tubau, tan querida del público madrileño.

La función inaugural fué un verdadero triunfo para la compañía que actúa en el coliseo de la calle de Alcalá, por el numeroso y selecto público que concurrió á ella, y por lo satisfechos que salieron de las obras representadas y de los artistas encargados de su representación.

La escuela de las coquetas, comedia del teatro francés, arreglada á la escena española con singular habilidad por el inolvidable Ventura de la Vega, se ha representado multitud de veces, y siempre con muy buen éxito, desde que Matilde Díez y Julián Romea la estrenaron en el teatro del Príncipe. Inútil fuera, por lo tanto, detenerse á examinar una producción que todos conocen y que ha sido juzgada antes de ahora. Sólo diré que en ella resplandece más lo ingenioso del artificio que la verdad y solidez de los caracteres y situaciones, y que parece escrita principalmente para abrir campo donde pueda desarrollarse y lucir el talento de los actores que la interpreten.

Que los encargados de hacerlo en el teatro de Apolo lo lograron á maravilla, no es menester decirlo para que se nos crea.

María Tubau estuvo felicísima en los pasajes más difíciles de la obra, y Mata, á quien nunca habíamos visto rayar tan alto. Este notable actor dió al carácter de Don Valentín tal naturalidad, matices tan variados, colorido tan verdadero, aun siendo esencialmente falsas muchas de las situaciones que provoca ó en que interviene, que nadie que se lo haya visto representar tendrá por exagerada alabanza el mayor encomio.

Igualmente felices estuvieron cuantos tomaron parte en *La Comedia de Maravillas*, animado y precioso sainete de D. Ramón de la Cruz, en el cual hicieron reír mucho, sin necesidad de recurrir á las exageraciones de la caricatura, los Sres. Guerra y García.

Mucho celebraré que la buena dirección de Palencia y el talento de María Tubau, de Mata y de sus demás compañeros consigan vencer la mala estrella que hace tiempo se cierne sobre el elegante teatro de la calle de Alcalá.

En el nuevo teatro de la Princesa se ha representado la comedia de Victoriano Sardou, titulada *Dora*, arreglada muy discretamente á nuestra escena por D. Javier Santero.

Este distinguido autor dramático, que en más de una ocasión ha probado, para honra suya y con gran contentamiento del público, que sabe concebir y desarrollar obras originales, ha demostrado que sabe también acomodar á nuestra escena, con tacto exquisito y con sumo acierto, comedias de tan difícil arreglo como *Dora*, una de las más celebradas, ya que no de las más artísticas, del célebre Victoriano Sardou.

La ejecución de *Dora* ha sido en el teatro de la Princesa tal como debía esperarse de la compañía que con tanto acierto dirige y alecciona Emilio Mario.

La señorita Mendoza Tenorio, por distinto camino que las grandes actrices extranjeras que la han precedido en la interpretación del difícil papel de *Dora*, ha hecho brotar de su alma acentos llenos de dignidad, de ternura ó de poesía, revistiendo al personaje dramático del tinte de realidad humana necesario para hacerlo interesante, y con el que no siempre se dibuja en la creación del poeta.

No podemos menos de felicitar á tan distinguida

actriz, porque vemos con satisfacción que se esfuerza más cada vez por sobresalir en el sendero del arte, y que consigue triunfos legítimos, debidos á su mérito y á su modestia.

Mario, Cepillo y Sánchez de León estuvieron atinadísimos en sus respectivos papeles. Con decir que en la gran escena del acto tercero recordaron la perfección con que la desempeñaban los artistas de la compañía de la Marini, no hay necesidad de mayor encomio.

La gravísima enfermedad de Antonio Vico está probando á su afligida familia la estimación en que la prensa y todos los amantes del arte escénico tienen el talento dramático de aquel gran actor.

Una fiebre intensa de terribles fenómenos nerviosos, complicada con una pulmonía, tiene su vida en peligro.

La prensa periódica sigue con interés y tristeza el curso de su dolencia.

Al comenzar la temporada actual parecía que el teatro Español daba principio á sus funciones con mejor estrella que en los años anteriores.

Por desgracia no ha sido así.

El insigne actor Victorino Tamayo dejó á poco de formar parte de la compañía, por haber rescindido su contrato con la empresa.

Antonio Vico, alma y sostén de aquel edificio, cayó casi al mismo tiempo enfermo de gravedad.

Falto de estos primordiales elementos, el teatro Español no podrá seguir actuando con arreglo á las exigencias de su nombre y á la posición que ocupa entre los de su clase.

Trátase de pedir por la empresa autorización para suspender las funciones durante 20 días para, durante ellos, disponer algunos otros espectáculos.

¡Ojalá que el egregio actor recobre la salud perdida, y volvamos pronto á tributarle nuestros aplau-

so á las excelentes cualidades que adornan al mejor de los artistas dramáticos de la edad presente!

¡Wagner! El nombre que en el arte de la música saca de sus casillas tanto á sus furibundos apasionados, como á sus mortales enemigos.

¡Es un genio! gritan sus admiradores.

¡Es un loco! replican los indiferentes.

¡Es un caos! gritan también los que no le siguen.

El arte musical, esa poesía del sentimiento, que habla con predilección á esa facultad anímica, que puesta en vibración oscurece en tal momento la inteligencia para dar paso á un tesoro de sensaciones, ha producido una gran obra con *Lohengrin*.

Este año ha sido cantada como nunca.

La Kupfer Berger, la Pasqua y Stagno han conseguido un triunfo inmenso, colosal.

Wagner se ha impuesto por fin á nuestro público.

Lohengrin se ha escuchado y aplaudido con frenesí, pues los artistas encargados de ejecutarle presentan tan claras y tan perceptibles las ideas, que sólo aquel que se halle incomunicado con la belleza artística puede dejar de comprenderlas.

Wagner ha revolucionado el arte musical, porque ha querido dignificarlo y probar que tiene medios propios para resplandecer.

Lohengrin es la conjunción íntima entre la poesía y la música.

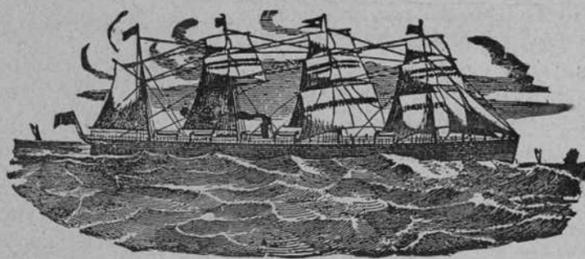
Wagner expresa en su *spartito* lo más selecto, lo más canmoverdor, lo más sublime que los sentimientos y las pasiones encierran.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

MADRID: 1885

Imprenta de Ulpiano Gómez, Cabeza, 36, bajo.

ANUNCIOS



SERVICIOS
DE LA

COMPANÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA
con escala y extensión á las Palmas,
Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 1.º para Puerto-Rico y Habana.

Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

El 10, de Cádiz, el vapor *España*.

El 20, de Santander, *Méndez Núñez*.

El 30, de Cádiz, *Antonio López*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebú

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 2 Valencia, 26, y Barcelona, 1.º, fijamente de cada mes.

El vapor *Isla de Panay* saldrá de Barcelona el 1.º de Octubre.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larrinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

EL PROGRESO EN 1885

QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera, manerale ha favorecido.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distingue

LA REFORMA AGRÍCOLA

Periódico quincenal de intereses materiales.

Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirigen á las *Oficinas* facultativas de *La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

BIBLIOTECA FOLK-LORICA A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES

SEVILLA

Rev.

1.º *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, escritas por todos nuestros mitógrafos y folk-loristas. (En los primeros volúmenes se publican: «Colecciones de cuentos, Fiestas y costumbres. Supersticiones y mitos, Folk-lore de Madrid, Juegos infantiles, Folk-lore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en bonitos tomos de 300 páginas, algunos ilustrados con grabados. Precio de tomo para el suscriptor..... 16

COLÓN EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS

Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados 1, administrador de la obra.

GERMINAL

Hija LEGÍTIMA Y EN DOS TOMOS

DE

E. ZOLA

Se compromete á hacer pasar á V. agradables ratos por 6 pesetas.

Librería de *El Cosmos editorial*, Montera, 21

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO
DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen 13